El doctor Torralba

Domingo Miras Molina

PERSONAJES POR ORDEN DE INTERVENCIÓN

MORALES, *médico del Cardenal Santa Cruz*.

TORRALBA, *médico del Cardenal Volterra*.

MADONA ROSALES, *cortesana romana*.

MAQUERA, *maestro médico*.

SANTA CRUZ, *cardenal español de la curia de Julio II*.

VOLTERRA, *cardenal italiano de la misma curia*.

MIGUEL ÁNGEL, *escultor y pintor del Papa Julio II*.

FRAY PEDRO, *alquimista del Cardenal Volterra*.

ZAQUIEL, *espíritu*.

DOÑA LEONOR DE HABSBURGO, *hermana de Carlos V*.

ZÚÑIGA, *hidalgo*.

HANS SCHUFTERLE, *lansquenete*.

MADONNA CORNELIA, *dama romana*.

SIGNORINA CAMILLA, *su hija*.

ESCALONA, *soldado español*.

AVENDAÑO, *soldado español*.

FARIAS, *soldado español*.

RUESTA, *juez del Santo Oficio*.

HERRERA, *escribano del mismo Tribunal*.

Salvo en los casos de TORRALBA y ZAQUIEL, existen amplias facilidades para doblar papeles, por lo que el número de actores podría reducirse aproximadamente a la mitad.

Figurantes:

Un espectro, máscaras, soldados españoles, lansquenetes alemanes, eclesiásticos, carceleros e inquisidores.

La acción, en Roma, Valladolid y Cuenca, en la primera mitad del siglo XVI.

ACTO PRIMERO

Más allá del gran ventanal, el dilatado disco de la luna es vulnerado y roto por la punta de los negros cipreses. Lechosa luz nocturna, apenas aumentada por las mínimas lamparillas de aceite que mal arden a los pies de una «Pietá» opulenta y barroca con florales ofrendas a los lados. La gran cama de cuyo baldaquino penden blancos cendales, es como un pesado navío fantasmal, varado en la penumbra. De ella emerge algún suspiro, el ruido de algún beso o palmada, alguna suave queja, tal vez algún jadeo. Las campanadas de un reloj comienzan a caer con toda lentitud y, sin necesidad de que acaben de sonar, se produce de inmediato un cambio de situación sobre los blandos colchones: la turbación toma la plaza del deleite, y el debate sustituye a los arrullos.

MORALES.- ¡Eh! ¡Eh! ¿No oye, doctor? El reloj de Santángelo, que da las doce. Vamos, arriba.

TORRALBA.- ¡Oh, por Dios! ¡Y habré de sacar del horno mi pan sin que se cueza!

MADONA ROSALES.- (Alarmada.) ¡Ay, no, no me desamparen! ¡No salgan de la cama mis dos fieros leones!

MORALES.- ¡Je, je! Leones, y en la cama, serán camaleones, ¿no es cierto, don Eugenio?

MADONA ROSALES- ¡Y que aún tenga hígados para burlarse!

TORRALBA.- ¿Y no es pesada burla, señora, que haya yo de dejar este regalo por acudir al rececho de fantasmas?

MADONA ROSALES.- ¡Ay, palomo, no me dejes tú por nada, quédate con tu paloma!

MORALES.- ¡Pero qué palomo ni qué pichón! ¡O salimos a escondernos, o no se hace nada!

MADONA ROSALES.- ¡No me dejen sola, que moriré de pavor!

TORRALBA.- Buen ánimo, madona Rosales, que estaremos apostados a su vera y, como el apuñalado venga, le daremos que sentir.

MORALES.- Fía y descansa en el doctor Torralba, que ya te dije que es grandísimo hechicero, y él te ha de librar de esa ánima en pena o lo que fuere, que no te dé más malas noches.

MADONA ROSALES.- En siendo eso así, yo haré como me manden, y que Dios me perdone, pero no me hago a ver al señor Torralba como un tal hechicero, siendo tan mozo y con esa cara de claveles, que parece un San Miguel.

MORALES.- Pues tan mozo como es, tiene en el caletre todas las mágicas ciencias del Oriente, la Cábala, Quiromancia y cuantos saberes herméticos hay bajo la tierra.

MADONA ROSALES.- ¡Jesús!

TORRALBA.- No se espante, señora, y tenga por hecho que, con un poco de Nigromancia, me bastará por esta noche.

MADONA ROSALES.- Ay, eche cuanta ciencia sea menester en el negocio, señor, no se deje nada en el tintero, siquiera sea por amor mío, que española soy como sus mercedes y estamos en tierra ajena, que nos hemos de ayudar unos a otros. Por mi vida, doctor, que me diga hacia qué parte de España nació.

TORRALBA.- En Cuenca nací, señora, para ser su criado.

MADONA ROSALES.- Fama de cristianísimo tiene su pueblo, señor. Yo soy de Toledo, ya me ve.

MORALES.- Basta ya de plática y acomodémonos, que se pasa el tiempo.

MADONA ROSALES.- Ay, a todo me avengo, señores míos, pero miren de no desampararme, que el aparecido es tan temeroso que me hiela la sangre, y como me ve en la cama y en carnes, procura acostarse conmigo.

MORALES.- ¡Oh, qué desvergüenza de difunto, y cómo gusta del retozo!

TORRALBA.- No tenga miedo mi señora Rosales, que esta noche no ha de ser así. Quédese en la cama como estaba las noches pasadas, y nosotros estaremos aesaparte, acechando por si viene. Vamos allá, y esperaremos.

(En tanto que hablaban ambos varones se han ido vistiendo y endosando sus ropas profesionales de doctores, sus negras hopalandas ribeteadas de marta. Se reclina la desnuda cortesana sobre las abultadas almohadas del lecho, y suspira con congoja en tanto que MORALES **y** TORRALBA **se sitúan algo apartados y, sin perder de vista el resto del aposento, platican a media voz y desembocan en la confidencia.)**

MORALES.- A esta parte veremos sin que nos vean, no se recele el fantasma.

TORRALBA.- ¿Pues no dice que el tal hombre de las puñaladas se presentó anoche, cuando su merced estaba acostado con la mujer?

MORALES.- Así es, aunque yo nada vi, sino que ella se puso fuera de sí, dando voces y gritos. Digo yo si no será el ánima de su marido, que la quiere castigar por haberse dado así a la putería.

TORRALBA.- Bien pudiera ser, pero lo cierto es que nada sabemos, y en tanto no lo experimentamos, mejor será no aventurar conjeturas.

MORALES.- Como esta noche no venga, cierto estoy que mi señor me ha de tratar de borracho.

TORRALBA.- ¿Tratar de borracho a quien tiene a su servicio como médico?

MORALES.- Igual que si fuese un paje, ni más ni menos. No es hombre de miramientos, su eminencia. El cardenal de Volterra, en cambio, sí que será más cortesano con su gente. En eso, va muy grande diferencia de un italiano a un español.

TORRALBA.- Cortesía no le falta, pero mejor está un hombre libre y sin dueño que no con él, que la libertad resulta del albedrío, y no del trato.

MORALES.- ¡No, sino quejaos! ¡Miren, el barbilindo! ¡Veinte años mal cumplidos, con el bozo a medio echar, y cátalo médico de cámara de un cardenal que lo trata como a un amigo, y no como a un criado! ¡Y el señor, se queja! ¡A la edad de su merced, estudiaba yo en Salamanca, comiendo sopa de limosna en la puerta de los conventos! ¡Y ahora, cuando paso mucho de los cuarenta, me considero dichosísimo de haberme acomodado al servicio del cardenal de Santa Cruz, aun cuando no pase un día sin que me ponga la puntera en el trasero!

TORRALBA.- El cardenal de Volterra, mi amo, es aficionado a los libros y yo también; por eso le parece a vuestra merced que me trata como a un igual. En cambio, el cardenal de Santa Cruz gusta de las tabernas y también vos: por eso yo creo que os trata de tú por tú, sólo que a la manera tabernaria. Al fin, lo mismo somos y el mismo trato tenemos.

MORALES.- ¡Oh, no se diga tal! ¡Quién me diera a mí parecerme al señor Torralba, y tener su reputación! ¡Un grande y verdadero nigromante, brujo, hechicero y mago!

MADONA ROSALES.- ¿Qué andan ahí cuchicheando sus mercedes? Ay, hablen en alto que yo les oiga, que en Dios y en mi ánima, estoy temblando toda.

MORALES.- Pues cierra la boca, temblorosa, y trágate la lengua, que importa para nuestro negocio estarnos quedicos, sin voces ni ruido.

TORRALBA.- (Nuevamente en voz baja, tras el resignado y doliente suspiro de la medrosa.) Bien seguro estoy que aquí estamos para nada.

MORALES.- Ya tengo yo notado que mi señor don Eugenio anduvo ayer reacio a creer en esta ánima en pena.

TORRALBA.- En ésta o en cualquiera otra, doctor Morales, que son fuerte cosa a nuestros años los cuentos de anímicas.

MORALES.- ¡Oh, el descreído, y cómo se echan de ver las lecciones del maestro Cipión y de Maquera!

TORRALBA.- No creí que supiese de mis estudios tan por menudo.

MORALES.- La fama es gran indiscreta, señor Torralba, y no deja que el mérito se esconda.

TORRALBA.- Yo no tengo más mérito que mi buena voluntad y alguna aplicación.

MORALES.- No se oculte de mí tras esa humildad y téngame más confianza, que no soy yo ningún inquisidor, sino muy su amigo.

TORRALBA.- Como yo suyo, doctor, que en eso no me gana.

MORALES.- Si ello es así, ábrame ese pecho y dígame si es cierto que no cree en la inmortalidad del alma, sino que fina y muere cuando perece el cuerpo.

TORRALBA.- ¿Eso se dice de mí?

MORALES.- No tenga empacho en decirme la pura verdad, mire que soy como su hermano, y a más que aquí no estamos en España, con aquella estrechura de vida y de preceptos.

TORRALBA.- Cierto que no, pero vea que aquí estoy en calidad de nigromante, aparejado para conjurar el alma de un difunto, con que por fuerza habré de pensar que el alma sigue viva.

MORALES.- ¿Así, ya no son cuentos de animicas lo que nos tiene en vela?

TORRALBA.- Nos tiene en vela la voluntad de nuestros señores, que acá nos han mandado, y nada más.

MORALES.- En fin, veo que yo me quedo sin saber lo que creéis.

TORRALBA.- Si he de decir verdad, yo mismo tampoco lo sé, y ahora sí que os hablo con el corazón en la mano. Todo lo he querido saber, he tenido maestros que piensan cada uno a su manera, a todos los he creído, todos me han reputado por su mejor discípulo, y al fin pienso y creo según el viento sopla y me inclinan los humores de mi cuerpo. No sé yo si esta respuesta puede satisfaceros, pero lo cierto es que no tengo otra, así me salve Dios.

MORALES.- ¿Y puede un hombre vivir sin saber si es cristiano o qué es?

(Un alarido de MADONA ROSALES **interrumpe el coloquio. Sigue gritando al tiempo que retrocede sobre las almohadas, mirando con horror a las tinieblas del fondo.)**

MORALES.- ¡Ahí lo tenemos!

TORRALBA.- ¡Chist! ¡Silencio!

(Ambos doctores, inmóviles, escrutan la oscuridad mientras chilla la cortesana, enloquecida de terror. Poco a poco, se destaca de las sombras una figura que avanza despacio hacia la cama. Puede apreciarse que se trata de un hombre desnudo atravesado por multitud de puñales, de cuyas sangrientas heridas parecen salir a veces pequeñas llamas. Comienza a echarse en la cama, de la que la mujer no puede huir, paralizada por el miedo. Nerviosamente, TORRALBA **se hace visible al tiempo que interpela al aparecido.)**

TORRALBA.- ¡Quién eres, en nombre de Dios! ¡Dime quién eres y qué buscas! ¡Si eres difunto, di por qué has venido!

EL ESPECTRO.- (Al tiempo que retrocede hacia las tinieblas, con voz cada vez más tenue.) Tesoro, tesoro, tesoro. **(Desaparece.)**

TORRALBA.- (Siguiéndole hasta el límite de las sombras.) ¡Espera! ¡No te vayas, espera, dime más! **(Se detiene.)**

MORALES.- (Tras una pausa.) ¿Se ha ido ya el fantasma? ¡Doctor! ¿Se ha ido?

TORRALBA.- La oscuridad que lo vomitó se lo ha tragado de nuevo.

MORALES.- Yo nada he visto, pero he oído muy bien su voz, que decía tesoro. ¿Qué quiso significar, Torralba? ¿Habrá un tesoro oculto en esta casa?

MADONA ROSALES.- ¡Ay, ay, ay, Virgen de las Angustias, ay! ¡Ay, Madre de Misericordia! ¿Sus mercedes lo han visto, lo han visto? ¿Puedo yo sufrir la vida, con este muerto a cada noche?

MORALES.- Muda de casa mañana mismo, no quedes aquí ni un día.

TORRALBA.- Vamos a dar cuenta a sus eminencias.

MORALES.- Lo debisteis conjurar, que se manifestase con mayor claridad. Un conjuro bien fuerte, y hubiera declarado puntualmente lo pertinente a ese tesoro. Mañana hemos de volver.

TORRALBA.- ¿Tesoro? ¿Tesoro, dijo? ¿No fue en latín, tesaurus?

MORALES.- ¡Tesoro, tesoro! En buen toscano, o en español, que da igual son a ese vocablo.

TORRALBA.- Vamos al palacio del cardenal mi señor, que aún durará la velada. Sosiegue, señora, no llore, que por esta noche ya no ha de venir, y vea de dormir un poco. Vamos, doctor.

MADONA ROSALES.- Ay, señor, yo muero, yo no puedo vivir así.

MORALES.- Mañana, don Eugenio, mañana se ha de conjurar ese ánima, y como haya tesoro en esta casa, nosotros la alquilamos.

TORRALBA.- Vamos, señor mío, que nos aguardan.

(Salen.)

(Oscuro.)

(Se encienden los candelabros que alumbran la velada en el palacio romano del que fuera obispo de Volterra y ahora es el cardenal Francesco Soderini, comúnmente llamado CARDENAL DE VOLTERRA**. Lo tardío de la hora ha dispersado a los invitados, y sólo quedan, formando un único grupo, algunos pertinaces a quienes un** PAJE **soñoliento sirve vino en las doradas copas. Rojos damascos y veteadas columnas de mármol que amarillea, rancio, en los bustos de césares que coronan varias peanas. Cuatro son los trasnochadores que aguardan conversando la llegada de la aurora: dos purpurados que se hallan en la cincuentena, de los que uno es el anfitrión, y el otro su amigo** DON BERNARDINO LÓPEZ DE CARVAJAL**, natural de Plasencia y cardenal de Santa Cruz; los dos restantes son seglares: un viejo maestro médico emigrado español llamado** JUAN DE MAQUERA**, y un escultor de treinta y cinco años, florentino como Volterra, que vive en Roma empleado por el Papa en tareas de pintura, y que se llama** MIGUEL ÁNGEL BUONARROTTI**.)**

MAQUERA.- No hay fantasmas ni espectros en el mundo, sino en los humores melancólicos del que los ve.

SANTA CRUZ.- Pues, amigo, la sibila de Endor hizo que el espectro de Samuel se apareciese a Saúl y le profetizase su derrota y su muerte, y eso está en la Escritura de manera que no puede ser sino verdad.

MAQUERA.- ¡Je, je! Eran otros tiempos, eminencia.

SANTA CRUZ.- Vos negáis en vuestra cátedra la inmortalidad del alma, y eso es grandísimo error, maestro Maquera. Aristóteles os contradice, desde su permanente autoridad.

VOLTERRA.- Y Platón con mayor vigor, querido amigo. Un hombre como vos, sin duda que lo sabe.

MAQUERA.- Lo he estudiado en Marsilio Ficino, eminencia.

VOLTERRA.- Aún así, os mandaré un ejemplar anotado de mi mano, y lo guardaréis como prenda de amistad. **(Reverencia de** MAQUERA**.)** ¿Y el gran Miguel Ángel? ¿Alarga la noche para tener noticia del Cielo y del Infierno, o para saber si el alma vive después de muerto el cuerpo?

MIGUEL ÁNGEL.- Quiero, eminencia, que si esos doctores han visto el fantasma, me digan cómo es.

SANTA CRUZ.- ¡Para pintarle un retrato!

VOLTERRA.- Para saber de nuevas apariencias y formas, ¿no es cierto? ¿Cuándo terminaréis el techo de la capilla de Sixto IV? Dicen que aún os falta más de un año.

MIGUEL ÁNGEL.- Más de dos, eminencia. He prometido al Santo Padre que en el año de mil y quinientos doce dirá allí la misa de Todos los Santos, pero ni un día antes.

VOLTERRA.- ¿Se habrá irritado?

MIGUEL ÁNGEL.- Sí.

SANTA CRUZ.- Más me irrita a mí la tardanza de esos dos pícaros. Apostaré a que se han emborrachado con la Rosales, y entre el vino y la lujuria nos dejan sin dormir, sin fantasma y sin la madre que nos parió.

VOLTERRA.- Del doctor Torralba, respondo yo que no ha de hacer una cosa tal. Me sirve desde que vino a Roma a rematar sus estudios, y le conozco bien. Un platonista eminente.

MAQUERA.- También yo le conozco, eminencia, que en él tuve un discípulo aventajado y fiel, y sé que no puede seguir el platonismo, sino que sólo cree lo que ve con sus ojos y toca con sus manos.

SANTA CRUZ.- Pues que vea y que toque a ese difunto, lo agarre del pescuezo, y le haga confesar por menudo las penas del Infierno que aguardan a los descreídos como vos.

MAQUERA.- No hay más Infierno que pasar mala vida en este mundo, señor.

VOLTERRA.- Eso quiere decir que el dinero de San Pedro es dinero robado. Maestro Maquera, que no aumenten los que así piensan, porque si dejan de ser una curiosidad para convertirse en un peligro, arderán hogueras en el Campo dei Fiori. Confío en que si llegan esos días de barbarie, sea por lo menos cuando yo no lo vea.

SANTA CRUZ.- Roma es ancha, y en ella todo cabe. ¡Ah, señor Maquera, señor Maquera, si esto fuera Sevilla o Toledo! ¡Ya hace tiempo que seríais humo!

MAQUERA.- Por eso me vine a Italia, eminencia, como tantos hermanos de colegio.

MIGUEL ÁNGEL.- Ahí llegan, vean que son ellos. ¡Señores, les esperábamos con ansiedad!

(Entran TORRALBA **y** MORALES**.)**

SANTA CRUZ.- ¡Pasad, pasad, bribones! ¿Ha dado resultado la vigilia?

MAQUERA.- (Algo burlón.) ¿Se dejó ver el espectro, señores?

MIGUEL ÁNGEL.- Estamos codiciosos de sus nuevas.

MORALES.- (Tras besar la mano o el anillo de su amo.) ¡Oh, mala cosa la codicia, así me salve Dios!

VOLTERRA.- (Ofreciendo su mano al beso de Torralba.) Bien, amigo mío, acabemos los saludos y comience la lección.

MORALES.- ¿Lección quiere su eminencia? Pues o cambia de maestros, o no sale de doctrino.

VOLTERRA.- ¿Cómo es eso? ¿No ha tenido buen suceso la experiencia?

TORRALBA.- Ha sido cosa breve y sin gran sustancia, señor.

MORALES.- Una perica de San Juan.

SANTA CRUZ.- ¿Qué dije yo? ¿Eh? ¡Toda la noche nos han tenido en vela estos belitres, mientras ellos putean con esa cortesana!

VOLTERRA.- Dímelo tú ex abundantia cordis, hijo mío: ¿habéis pasado la noche en la lujuria?

TORRALBA.- No, mi buen señor, sino en la oración.

SANTA CRUZ.- ¿En la oración? Para rezar, mejor hubiéramos mandado un par de capuchinos, que no un nigromante.

MAQUERA.- Así que no hubo aparecido ni alma en pena.

TORRALBA.- No he dicho yo eso, maestro. Aparecido hubo y yo le vi, aunque con grandísima brevedad.

(Sensación. TORRALBA **atrae repentinamente el interés de los cuatro curiosos, en tanto que** MORALES **queda relegado.)**

SANTA CRUZ.- ¡Cuerpo de mi padre!

MIGUEL ÁNGEL.- ¿Cómo era, señor Torralba, cómo era? ¿Le vio la cara? ¿Qué ropas traía?

TORRALBA.- Venía desnudo y cosido de puñales, pero algo borroso y vago, que no le vi bien el rostro.

MIGUEL ÁNGEL.- ¿Era grande o chico? ¿Mostraba algún color que se notase?

SANTA CRUZ.- ¿Y el olor? ¿Os acordáis si olía a cera?

TORRALBA.- Era de complexión mediana, y no me acuerdo de olor ni de colores.

VOLTERRA.- Soseguémonos, amigos. Sepamos lo que dijo, si es que dijo algo, y luego acudiremos a esos accidentes. ¿Dijo algunas palabras, mi buen Eugenio? ¿Algún aviso?

TORRALBA.- Dijo tesoro, señor, y nada más.

VOLTERRA.- ¿Y nada más?

TORRALBA.- Nada más.

VOLTERRA.- Pero eso no es decir nada. Tesoro. ¿Qué quiere significar, qué representa esa expresión en tal circunstancia? ¿No le preguntaste?

TORRALBA.- Sin resultado, señor. No dijo otra cosa.

MORALES.- Un conjuro, un conjuro faltó. Un conjuro que sujetase al muerto, haciéndole decir cuanto convenga al servicio de sus eminencias. No anduvo ahí Torralba con diligencia, no, así nos salve Dios a todos.

SANTA CRUZ.- (A Torralba.) ¿Que no conjurasteis el fantasma? ¿Es cierto eso?

TORRALBA.- No hubo ocasión para ello.

SANTA CRUZ.- ¿No hubo ocasión decís, señor nigromante?

VOLTERRA.- Si él dice que no la hubo, así será. No estarían los astros favorables, o no se pudo hacer por la causa que fuere. No se acose ni apriete a don Eugenio, que él ha cumplido como bueno y no es poco lo que ha hecho, puesto que ha visto un ánima y nos da fidedigno testimonio. Ya sabemos por experiencia sensible que el alma sobrevive, como sostiene el divino Platón.

SANTA CRUZ.- Y como es también dogma de fe de nuestra santa religión. ¡Ay, Maquera, Maquerilla, toda tu ciencia se ha ido al Tiber, como la carga de un basurero! ¡Ved, qué callado está! ¿Pediréis mañana perdón a vuestros alumnos, maestro, por los errores que enseñabais?

MAQUERA.- (Humilde.) No, eminencia.

SANTA CRUZ.- Me lo iba imaginando. ¡La soberbia de los que se alzan contra Dios!

MAQUERA.- La duda de los eternos aprendices, señor. ¡Son tantas las veces que los sentidos nos engañan!

MORALES.- Pues, ¿no es doctrina de su merced que no hemos de creer sino aquello que se nos entre y emboque por los balcones y ventanas de nuestro cuerpo?

MAQUERA.- Aún así, buen Morales, aún así, se ha de desconfiar de simulacros y falsas apariencias, ¿no es cierto, hijo Torralba? ¿Tú qué dices?

TORRALBA.- ¿Y qué he de decir, sino que no sé qué decir?

VOLTERRA.- Pero, ¿cómo es eso, amigo mío? ¿No estás seguro de tu propia experiencia?

TORRALBA.- Yo, señor, a decir verdad, no estoy seguro de cosa alguna.

SANTA CRUZ.- ¡Lindo médico!

VOLTERRA.- ¿No puedes asegurar lo que tus ojos vieron?

TORRALBA.- Bien pudieron mis ojos ver sólo una imagen fraguada por mi mente, eminencia, o un disparate que compusiera mi delirio. Yo ahora no lo sé, no puedo ya decir nada, sino que la cabeza ha empezado a dolerme y lo hace muy recio.

MORALES.- ¡Por Dios Nuestro Señor, miren que no hagan caso de este hombre! ¡El muerto vino, que yo oí su voz! ¡Yo, yo la oí con estas orejas! ¡Y también su merced, doctor Torralba, escuchó decir tesoro al propio tiempo que yo!

TORRALBA.- Sí, bien pudiera ser, pero no estoy del todo cierto.

MORALES.- ¡Oh, Dios, Dios! ¡Ahora dice este falsario que no apareció el fantasma!

TORRALBA.- Yo no he dicho tal, sino que no sé si vino o si no vino.

MORALES.- Tanto monta decir eso como decir que no vino.

TORRALBA.- Pues va gran diferencia.

VOLTERRA.- Bien está, no se dispute. La experiencia, señores, no ha dado resultado, y estamos al término de la noche en la misma ignorancia que al principio. Les ruego me perdonen la vanidad con que aseguré que mi médico había de resolver este enigma.

SANTA CRUZ.- Si en lugar de mandar allá un sabio hubiéramos mandado un par de ganapanes, a lo menos sabríamos cosa cierta. Ganas me vienen de ir mañana yo en persona.

VOLTERRA.- Ha de tenerse en cuenta la reputación de la casa.

SANTA CRUZ.- Cuando nuestro buen Papa Julio felizmente reinante era el cardenal de la Rovere, no había en toda Roma una sola casa de putas en que no pernoctase, buscando también el hombre sus fantasmas.

MORALES.- ¡Señores, señores míos, que yo les digo que este embaidor vio al difunto como sus eminencias me ven a mí ahora! ¿A qué viene este enredo, traidor? ¿Cómo te atreves a negarlo, grandísimo cabrón, maldito sea tu linaje? ¿Crees que yo aguanto burlas? ¡De mí no te ríes tú, perro judío!

VOLTERRA.- Don Bernardino, vea de hacer callar a su criado, que el pícaro se descompone y acabará por deshonrarnos a todos.

SANTA CRUZ.- Ya lo has oído, truhán: punto en boca y cuidado con hablar, si no te preguntan. No afrentes a tu amo, sé comedido, borrachón. **(A los demás.)** Es hombre entero, de una sola palabra, y la deslealtad de Torralbica le ha sacado de madre.

VOLTERRA.- En negocios de ciencia no hay lealtad que valga, sino discreción y paciencia, y no ha de importar nada que alguna vez se pierda toda una noche velando en balde, que más se perdió en Troya, donde los propios dioses perdieron a sus hijos.

MIGUEL ÁNGEL.- Para mí esta noche no ha sido perdida en ninguna manera, sino muy provechosa.

SANTA CRUZ.- No sé por qué, pero me lo figuro: no habéis tenido que aguantar las impertinencias de Giuliano della Rovere.

MIGUEL ÁNGEL.- Puedo asegurar a vuestra eminencia que, por las noches, me deja tranquilo casi siempre.

VOLTERRA.- ¿Y no querrá decirnos el gran Buonarrotti cuál ha sido el fruto que le ha dado la velada?

MIGUEL ÁNGEL.- Aunque no sepamos si don Eugenio vio al espectro con los ojos del cuerpo o con las potencias del alma, yo tengo para mí que lo que vio es cosa muy verdadera y de gran enseñanza, aunque no sabría muy bien decir por qué. Que el difunto estuviese desnudo me parece acertadísimo, pues al irnos de este mundo, todo lo dejamos aquí sin que llevemos nada para podernos cubrir, y ya me hago el propósito de representar siempre desnudos a los muertos, que es como en verdad están en todo caso. Y si mis buenos señores no tienen nada que mandarme, me iré a casa, a dormir el rabo de la noche.

VOLTERRA.- Despedíos del sueño, ved que la aurora ya se anuncia haciendo palidecer el cielo por lo alto del Esquilino, mirad: ¡la Aurora de rosados dedos! Aquella vaga claridad es ya la luz del sol aunque aún falta un buen espacio para que el sol se vea, y esto me hace pensar en nuestro espectro. Yo quiero preguntar a don Juan de Maquera si el fantasma que el doctor Torralba ha visto pudiera ser alguna suerte de aquellos simulacros que Lucrecio estudia en «De rerum natura», con lo que no siendo el muerto propiamente, sería emanación suya sutilísima, una efigie que vaga por el aire y a veces es visible en ciertas circunstancias, provocando el pavor del que la encuentra.

SANTA CRUZ.- Lucrecio es un trasunto de Epicuro, y padre de patrañas y embelecos.

VOLTERRA.- ¿Qué piensa el maestro Maquera de mi duda?

MAQUERA.- Eminencia, le recuerdo que el propio Lucrecio dice en ese mismo pasaje que en ningún caso los muertos vuelven acá desde el Aqueronte, ni jamás sus sombras vuelan entre los vivos.

VOLTERRA.- Cierto que sí, pero yo no hablo ahora de las almas, sino de los simulacros al modo que él enseña. Acordaos que cita algunos de ellos tan claros y groseros como la piel de las cigarras y la camisa de las culebras. ¿Qué te parece a ti, mi buen Eugenio? Vamos, acércate, no estés tan apartado y tan mohíno, que semejas la imagen misma de la congoja.

TORRALBA.- Mire, señor, que la cabeza tengo hecha pedazos de tan fiero dolor. Si me quiere hacer merced, déme licencia de irme, por ver si me remedio.

VOLTERRA.- Anda, hijo, aderézate tú mismo alguna pócima y métete en la cama.

MORALES.- Espere, espere, doctor, déme acá esos pulsos.

TORRALBA.- No es menester, señor, que ya tengo yo sabidos mis achaques más que el propio Dioscórides. Sírvanse perdonarme.

MIGUEL ÁNGEL.- Descanse, don Eugenio, y repárese, que un día yo quisiera que hablásemos despacio.

SANTA CRUZ.- (En tanto que le da a besar el anillo.) Vaya, vaya a dormir el perillán, que a buen seguro que el dios Baco tiene parte en ese dolorcito de cabeza, o no seré yo quien soy.

MAQUERA.- No pienses más en esto, amigo mío. Olvídalo cuanto antes.

TORRALBA.- Pienso que no podré. Queden todos con Dios.

(Sale TORRALBA**. Los demás contertulios prosiguen su plática.)**

VOLTERRA.- ¿Por qué habéis dicho a Torralba que olvide cuanto antes la experiencia de esta noche?

MAQUERA.- No es buena para su salud, eminencia.

SANTA CRUZ.- Decid más bien que la tal experiencia os parece una majadería, y por eso le habéis aconsejado que la olvide. Amigo, vos no creéis en nada, salvo en las novedades y disparates que los sabios del día nos predican. Seguro estoy que, a ellos, los creéis a pie juntillas. Veamos, caballero: ¿qué me dice su señoría acerca de los antípodas? ¿Existen o no existen?

MAQUERA.- Forzosamente, señor.

SANTA CRUZ.- ¡Forzosamente! ¡Gentes que viven con la cabeza abajo y los pies arriba! ¡Árboles que crecen hacia abajo! ¡El mundo al revés!

VOLTERRA.- ¡Por mi vida, don Bernardino, no se maraville tanto, que eso ya no espanta a nadie! Piense que estando todo al revés, no hay al revés nada y todo está al derecho. Para ellos, los antípodas somos nosotros, y nosotros los que estamos al revés.

SANTA CRUZ.- ¿Se da cuenta de lo que ha dicho? Roma y la Iglesia, cabeza abajo, para que unos salvajes paganos estén cabeza arriba. Cosa fuerte, aun para dicha en chanza.

VOLTERRA.- No hay cabeza abajo ni cabeza arriba, eminencia. Eso quise decir.

SANTA CRUZ.- ¿Que no lo hay? Señor mío, la iglesia de Dios está cabeza arriba, y fundada sobre roca. Pero dejemos esto. Vos, Maquerilla, venid que os siga preguntando, no penséis que os vais a escapar. Ya que creéis en los antípodas, ¿qué pensáis de los cinocéfalos?, ¿y de los cíclopes?

MAQUERA.- Me temo que son figuraciones sin fundamento, señor.

SANTA CRUZ.- ¿Y las sirenas, también son figuraciones?

MAQUERA.- También, sin duda.

VOLTERRA.- Pero Colón cogió una cuando fue a las Indias, y la puso en salazón...

(Se ha ido debilitando la luz, hasta dejar a oscuras la tertulia, que desaparece. En una pieza abovedada de sucias paredes, se halla instalado el laboratorio de alquimia del viejo FRAY PEDRO**, que repasa un venerable infolio acercando sus páginas todo lo que puede a la llama de un negro candilón, y acudiendo después a mirar por la ventana de un athanor de reluciente cobre con el hogar a media mecha. Confronta otra vez el mamotreto con peligro de hacer que ardan sus carcomidas hojas con la llama del candil, y luego se abstrae. Un mandil de cuero protege su hábito de dominico. Dubitativo, se acerca de nuevo al athanor para echar otro vistazo. Entra** TORRALBA**, que se detiene.)**

FRAY PEDRO.- (Que continúa inclinado sobre la mirilla del athanor.) ¿Quién anda ahí?, ¿eres Eugenio?

TORRALBA.- Sí, maestro.

FRAY PEDRO.- (Sin dejar de mirar.) Ven, ven aquí. Mira esto, y dime si ves lo que yo veo.

(TORRALBA **se acerca, el anciano fraile se incorpora, y le apoya la mano en la espalda y hombros, ayudándole innecesariamente a que se aproxime e incline frente a la abertura del aparato.)**

FRAY PEDRO.- ¿Qué ves? ¿Eh?

TORRALBA.- Veo la materia mezclada, maestro, en la fase el negro. El cuervo, como se dice en el arte.

FRAY PEDRO.- ¿Nada más? Fija, fija bien tu atención, a ver si hay algo más. ¿Ves algo?

TORRALBA.- Lo de siempre, la materia pútrida.

FRAY PEDRO.- ¡Quita, quita de ahí! ¡Lo de siempre! **(Aparta a** TORRALBA **y mira de nuevo él.)** Un punto blanco, un punto blanco en medio del huevo, por encima de la materia. Ahí está, por vida del Gran Turco. Ahí está desde ayer, y ni Augurelli ni nadie dicen una palabra de él. Vamos, neoplatónico, mira otra vez con más cuidado, que lo veas tú también. **(Se aparta, y coge de un brazo a** TORRALBA **atrayéndole al athanor, por cuya ventana mira éste.)** ¿Lo ves o no lo ves? Blanco brillante, en medio del huevo y como suspendido en el aire.

TORRALBA.- (Sin ningún entusiasmo.) Sí, ya veo (FRAY PEDRO **se estira.)**, parece un brillo del vaso... (FRAY PEDRO **se encoge.)** Yo creo que es un reflejo de luz, maestro...

FRAY PEDRO.- ¡Aparta, descreído! ¡Y había de aparecer ayer, después de veintisiete días! ¡Un reflejo! **(Cierra la mirilla.)** Bien se echa de ver que ahora es Maquera tu maestro, hijo, que ya no crees en nada.

TORRALBA.- Sí creo, maestro.

FRAY PEDRO.- ¡No me llames maestro! ¿En qué crees ahora? **(Pausa.)** Vamos, habla, ¿en qué crees?

TORRALBA.- No lo sé fray Pedro, no sé lo que creo, que Dios me ayude. No hará dos horas que decía esto mismo al doctor Morales.

FRAY PEDRO.- ¿Al médico del cardenal de Santa Cruz? ¿A ese borracho? Bien está. Así que también tienes más confianza con ese rústico gañán que conmigo. Dejaste primero mis lecciones por irte tras las de Maquera, Cipión y el moro Alfonso, y ahora también Morales, a lo que se ve, vale más que yo, que te confiesas con él antes que con fray Pedro.

TORRALBA.- ¿Confesarme? Más plática era de taberna que no de amistad.

FRAY PEDRO.- Para el caso, tanto da. ¡Lindo sabio estás hecho! Te encajas en la cabeza en cuatro días todos los saberes de Roma, y acabas sin saber si crees o no crees en cosa alguna. Bien está, galán, bien está. Me dirás siquiera por qué has escogido la hora del gallo para bajar a mi agujero.

TORRALBA.- Estaba en la velada del cardenal y, por no poder sufrir el parloteo sobre simulacros y demás curiosidades, he fingido un achaque y me he venido.

FRAY PEDRO.- ¿Fingido, dices? No traes tú la cara de un enfermo fingido.

TORRALBA.- Tengo algo de fiebre, pero no es mucha cosa, si considero que he visto un fantasma a media noche.

FRAY PEDRO.- ¡Jesús! Mira lo que dices, hijo.

TORRALBA.- A lo menos, pienso haberlo visto.

FRAY PEDRO.- ¿Y dónde ha sido? ¿En tu aposento?

TORRALBA.- No, sino en el de la cortesana madona Rosales, una española.

FRAY PEDRO.- Ya, ya he oído hablar de ella. Está Roma llena de esa mala simiente de nuestra tierra. Malos pasos andas, Eugenio.

TORRALBA.- ¿Por qué son malos mis pasos, padre? ¿Por visitar una cortesana o por ver un difunto?

FRAY PEDRO.- Chancéate y búrlate cuanto quieras, pero llevas mal camino, bien lo sabes tú. Pudiera ser la fiebre resultas del fantasma, o pudiera ser el fantasma resultas de la fiebre, y que la fiebre hubiera venido del estrago y batalla de tu conciencia.

TORRALBA.- En este tiempo de verano, casi todos andamos en Roma con nuestras puntas de fiebre y sin daño mayor, que ya estamos hechos.

FRAY PEDRO.- Pero no todos andan viendo fantasmas por la noche.

TORRALBA.- ¿Y no me pide que le dé cuenta de su figura y palabras?

FRAY PEDRO.- Pienso que te anunció que se pierde tu alma.

TORRALBA.- Pues piensa muy mal, reverendo. Sólo dijo tesoro.

FRAY PEDRO.- ¿Tesoro? Mira si no acerté de medio a medio. Esa palabra representa tu alma.

TORRALBA.- Je, je. Mi alma preciosa como el oro, enterrada y oculta bajo mis pecados.

FRAY PEDRO.- ¿Por qué finges que ríes, cuando se ve a la legua que estás para llorar?

TORRALBA.- No soy ningún llorón.

FRAY PEDRO.- Ojalá lo fueras, que con menos orgullo no te agarrarías de esa suerte a tus yerros.

TORRALBA.- No entiendo lo que me quiere decir, fray Pedro.

FRAY PEDRO.- Mucho tiento pones en no llamarme maestro, que ni una vez te has descuidado.

TORRALBA.- Me lo vedó hace nada.

FRAY PEDRO.- ¡Otras muchas cosas te he vedado, y no me has hecho caso! ¿Me obedeciste cuando te vedé acercarte a Maquera y a Cipión? ¿Y al maestro Alfonso, ese moro judío que se muda de religión mil veces más que de camisa? ¿Qué fe tiene ahora ese veleta, si es que lo sabes?

TORRALBA.- Creo que ninguna, pero es un hombre bueno y gran sabio.

FRAY PEDRO.- Así que no tiene religión alguna, igual que un perro. ¿Y a ti te pasa lo mismo, Torralbica? ¿Has dado ya en la flor de no creer nada, como todos esos maestros tuyos?

TORRALBA.- A veces pienso que sí, pero entonces me siento tan mal que se me parte el corazón y pierdo la cabeza. Y en pasando a una iglesia, me sosiego y me vuelve la paz.

FRAY PEDRO.- ¿Pierdes la cabeza, dices? Algo así me iba yo sospechando, por eso dije que llevas mal camino.

TORRALBA.- ¿Es mal camino que me pese y me duela de dejar el Dios de mis padres?

FRAY PEDRO.- ¿Tus maestros descreídos sienten también ese dolor que tú sientes?

TORRALBA.- No, por cierto. Ellos tienen más entereza.

FRAY PEDRO.- Nunca, nunca debiste venir a Roma.

TORRALBA.- ¿Porque no se perdiera mi alma?

FRAY PEDRO.- Ni tu alma ni tu juicio, que se ha ido a pique con ella.

TORRALBA.- Así que todo para en llamarme mentecato.

FRAY PEDRO.- Tu cabeza no puede sufrir la contienda entre lo que en España estudiaste de chico y lo que en Roma estudias de grande.

TORRALBA.- No soy yo el único que ha venido y sufre esa contienda, otros lo han hecho. Tú mismo.

FRAY PEDRO.- Gentes de juicio más recio. El tuyo es como un cristal mucho más claro y fino, pero muy delicado y fácil de quebrar. Tú no serás nunca Maquera, desengáñate. Tú no puedes cambiar de lengua y costumbres, de vida y de fe, como quien sorbe un huevo. Eres más honrado y por eso te duele, porque algo dentro de ti se está rompiendo.

TORRALBA.- ¿Y así, qué piensas tú que debo hacer? ¿Dejar de estudiar?

FRAY PEDRO.- Volverte a ti mismo, Eugenio, volver los ojos a lo que cuando muchacho te enseñaron con la leche que mamaste, mira que ahí están tus raíces y ahí tienes tu asidero que no has de soltar. Acuérdate de tu padre y de tu madre, de tu linaje de cristianos viejos allá en Cuenca, de aquella vida cabal y honrada. Mira que ese es el cimiento y fundamento tuyo, que te dirá siempre quién eres, y no te perderás ni perderás tu juicio y tu sustancia.

TORRALBA.- ¡Por Dios, maestro! ¿Qué me estás aconsejando? ¿Vale más la simplicidad y la oscura ignorancia de la vida en Cuenca que la luz y la sabiduría de Roma, que es centro de las ciencias y cabeza de la iglesia? Explícate mejor, mira que no te entiendo.

FRAY PEDRO.- Miro que sí me entiendes, y harto me he explicado. A mis pajas me voy a tender estos viejos huesos, que cada día son más flacos. Adiós queda y mira de hacer otro tanto, que durmiendo no se peca. **(Sale.)**

TORRALBA.- Durmiendo no se peca. Mejor durmiendo en mi tierra que despierto aquí, ha venido a decirme. Para esto tanto trabajo, tantos años gastados en balde. Para volver a estar donde al principio. Quién me había de decir a mí, cuando me vine a Roma de muchacho, que al cabo de los años de estar aquí estudiando, me iba a encontrar precisando lo que entonces tenía y ya no tengo. Que me acuerde de Cuenca. Y es verdad que, en tanto tiempo, he pensado en ella apenas nada, aunque por dentro de mí bien se me revolvía su recuerdo sin que yo lo advirtiese. Todo cuanto allí dejé, dejado se quedó y abandonado, como un vestido viejo. Y ahora me hallo volviendo a ti los ojos, patria mía, mi ciudad enrocada en la altura como un cristal de piedra; ahora soy un enfermo que busca salvación en tu pureza. Más valen tu aire claro y limpio cielo que el aliento malsano del Campo Tiberino; cuánto mejor es la sencilla ignorancia de tu honrada gente que la orgullosa ciencia de estos sabios impíos y paganos. ¿Pienso de veras esto? ¿Es Roma una moderna Babilonia que desvanece mi espíritu y he de buscar salvarme en la sancta simplicitas de Cuenca? Renunciar a la ciencia por salvar la razón, dice el maestro, pero yo no veo de qué vale la razón sin la ciencia. En mi alma piensa fray Pedro, que no en mi razón, esto es más manifiesto, y así debo mirarlo: el alma o la ciencia. ¿No se pueden guardar ambas cosas? Las academias y cátedras de Roma, que me dan la ciencia, o el castillo de aire duro de Cuenca, que me guarda y me refugia el alma. Se precisa elegir, y mi cabeza elige Roma, sin duda, pero mi corazón está dividido, sin saber lo que ha de hacer. El marrullero fraile se ha ido de propósito para dejarme a solas en esta confusión. Que me acuerde de mis cimientos y raíces, que ellos me dirán quién soy. Así que, sin disputa, soy el de Cuenca. Pero, ¿qué hice yo en Cuenca, sino ser parido y jugar de muchacho? ¿Es eso más notable y señalado que mis estudios y trabajos de Roma? ¿Por qué habré de ser el de Cuenca, donde están mis raíces, y no el de Roma, donde tengo mis ramas y mis frutos? Esto debió decir el fraile socarrón antes de irse a dormir, y entonces mereciera el nombre de maestro, así le lleve Satanás. ¡Viejo taimado y marrullero, hipócrita!...

FRAY PEDRO.- (Desde la puerta por la que salió.) No sigas, amigo, no te ensañes conmigo, que no es justo.

TORRALBA.- ¡Por Dios, maestro, qué dice! ¡Yo, ensañarme!

FRAY PEDRO.- No mientas, pícaro, que bien te he oído, y aunque no te oyera, sé cómo te respiran los ijares. Andas caviloso igual que un asno sin saber si te conviene la paja o la cebada, y ya que mi autoridad no es bastante para que sigas mi consejo, acá te traigo a otro de más campanillas que yo, y tú verás lo que haces.

TORRALBA.- Yo haré siempre tu voluntad y tu gusto, maestro, pero te pido que me ayudes.

FRAY PEDRO.- ¿Que te ayude yo, siendo tú tan gran sabio? A ti no te puede ayudar sino un ángel al menos, y eso es lo que aquí tengo aparejado para ti. **(Hacia el interior de donde salió.)** Ven, Zaquiel.

TORRALBA.- Maestro...

FRAY PEDRO.- ¡Ssst!

(Precedido por una irreal claridad, ZAQUIEL **viene por la puerta que utilizó** FRAY PEDRO**. Es una especie de andrógino, un adolescente de aspecto femenil, que viste de cendal rojo con sobrevesta negra.)**

FRAY PEDRO.- Aquí lo tienes, un espíritu celeste como un clavel. Tú verás que todas tus melancolías y tus devaneos con el demonio se arreglan de maravilla, como él quiera hacerte merced.

ZAQUIEL.- ¡Y cómo si quiero! ¿Este es el españolito que anda tras las doctrinas malas? ¡Per Bacco, y qué lindo es! ¿Le tienes mucho amor, fraile?

FRAY PEDRO.- Tanto como si fuese mi propio hijo unigénito. Oh, Zaquiel, yo te ruego y te pido de gracia que te vuelvas a él y le guardes la fe y el amor que conmigo tienes desde que te conocí.

ZAQUIEL.- Queda tranquilo, que yo lo haré como pides y así te lo prometo.

FRAY PEDRO.- ¿Has oído, Torralbica? ¿Has oído las palabras de este espíritu superior? ¡Cuéntate por salvo y por seguro, hijo mío!

TORRALBA.- Yo lo creo todo de buen grado, maestro, pero en qué manera este mancebo me vaya a dar a mí esa salvación o seguridad que dices, no acabo de entenderlo.

FRAY PEDRO.- Ni tampoco es menester que lo hagas, galán. ¡Acabar de entender, ahí es nada! ¡Acude un espíritu celeste a ponerse a su servicio, y aún el niño hace ascos! ¡No acabo de entenderlo! ¡Andad allá noramala, que siempre seréis el mismo y nunca hais de estar satisfecho!

ZAQUIEL.- No se enoje, no se enoje el frailecico, que no hay para qué. Deje a mi cuidado el negocio del doctor, que yo lo despacharé como un ángel. Con que vuélvase a su cama, que en manos está el pandero que lo sabrán bien tañer.

FRAY PEDRO.- En mejores manos no puede estar, en verdad. Al punto te obedezco, mi buen Zaquiel. Y tú, buen mozo, aquí te quedas con esta inteligencia superior; pregúntale lo que precises, y él te contestará. Pero sé cortés y mira cómo le tratas, que no es ningún arriero.

TORRALBA.- Lo sé, maestro, no te inquietes ni temas nada.

FRAY PEDRO.- (Saliendo.) ¿Que no tema nada? En la vida siempre hay que temer algo, valentón. Acuérdate de lo que te he dicho, mira de ser cortés. **(Sale.)**

ZAQUIEL.- Muy grosero has de ser, para tanto recomendarte cortesía.

TORRALBA.- Tuve buena crianza.

ZAQUIEL.- Apedreando gatos por las calles de Cuenca, ya lo sé.

TORRALBA.- ¿Te lo ha dicho fray Pedro?

ZAQUIEL.- No preciso yo que fray Pedro me diga las cosas, soy yo quien se las dice a él. Cuidado con reírte.

TORRALBA.- No me río.

ZAQUIEL.- Sí te ríes. Dime, ¿qué piensas que soy yo, por quién me tomas?

TORRALBA.- Tienes la traza de un mozo despejado.

ZAQUIEL.- (Ríe.) Pues mi traza engaña, que yo no soy hombre ni mozo ni viejo. ¿No oíste a tu maestro nombrarme como espíritu?

TORRALBA.- Y.. ¿y es cierto que lo eres?

ZAQUIEL.- De los más principales.

TORRALBA.- ¡Jesús!

ZAQUIEL.- Soy un espíritu del género de los demonios.

TORRALBA.- (Santiguándose.) ¡Jesús, Jesús!

ZAQUIEL.- Guarda esos espantos para las lavanderas del Trastevere, gañán, que me estás ofendiendo. Mira que en diciendo demonio, quiero significar espíritu superior a la manera de Jámblico.

TORRALBA.- (Temblando.) ¿Y... y cómo es esa manera?

ZAQUIEL.- ¿Es posible que no lo sabes? Daemones sunt superiores heroibus, et ministri deorum tanquam architectorum in opificio mundano. **(Irónico.)** ¿O es que tú, platonista eminente, nada sabes del demonio que Sócrates tenía?

TORRALBA.- ¿Así, tú no eres un espíritu perverso para hacer mal ni daño a este pecador?

ZAQUIEL.- Mi nombre es Zaquiel, y no precisas más para conocerme si has estudiado la Cábala judía.

TORRALBA.- Ahí se dice que Zaquiel es el octavo ángel del Altísimo.

ZAQUIEL.- Y es muy cierto, ése soy yo. Ya sabes con quién hablas.

TORRALBA.- ¡Dios del Cielo! Ahora veo por qué mi maestro me previno que no es un arriero.

ZAQUIEL.- ¿Tengo yo acaso talle de arriero?

TORRALBA.- Que Dios Nuestro Señor me tenga de su mano, no sé qué decir. Quisiera yo saber cómo se ha de hablar a un ángel tan principal.

ZAQUIEL.- Hazlo llanamente, como lo harías a un amigo.

TORRALBA.- Pienso que esto es sueño y que he de despertar.

ZAQUIEL.- Pregúntame lo que te acomode, ¿no hay nada que quieras saber?

TORRALBA.- Muchas cosas quiero saber, pero ninguna se me ocurre. Dime de dónde has venido.

ZAQUIEL.- He venido de la India alta, que señorea el Preste Juan. Es buena tierra, de muy cristiana gente.

TORRALBA.- ¿Vienes de ahí, de cierto? Estoy en aprensión de que sea mi propia cabeza el sitio del que vienes.

ZAQUIEL.- Tengo muchas posadas y una de ellas es ésa, pero lo más del tiempo habito donde antes dije. Pregúntame otra cosa.

TORRALBA.- Otra cosa… Dime si es verdad el fantasma que he visto, o si fue ilusión mía.

ZAQUIEL.- Un hombre fue muerto y enterrado en esa mala casa donde nunca jamás has de poner los pies, y mira que no preguntes más de ese negocio ni lo traigas siquiera a tu memoria.

TORRALBA.- El mismo apercibimiento me ha hecho el maestro Maquera.

ZAQUIEL.- Ni ése ni los que son como él han de ser nunca más tus maestros.

TORRALBA.- ¿Entonces, quién? ¿Fray Pedro? ¿He de volver a Cuenca?

ZAQUIEL.- Yo te contentaré, pues sé que eres curioso de conocer y averiguar las novedades, y esa curiosidad quiero satisfacer haciendo que conozcas y sepas antes y mejor que otro ninguno los políticos sucesos que tocan a príncipes y ciudades; he de darte noticia de todas las provincias de África y Europa, y los hechos y casos de fortuna o desgracia para ejércitos y repúblicas los conocerás con tal presteza cual si mirases al mundo desde la esfera de Júpiter. Más valiosos serán para los reyes tu aviso y tu consejo que el oro y que las perlas.

TORRALBA.- Yo, Zaquiel, si he de hablarte en conciencia, ese conocimiento que me dices no entiendo cómo pueda ser, ni qué quiere decir.

ZAQUIEL.- ¿Hay cosa más simple? Si yo te digo que en la mañana pasada el conde don Pedro Navarro tomó a Trípoli por asalto con grandísimo estrago de los moros, y que en esta hora de la madrugada todavía los soldados españoles no han terminado de repartirse los ricos despojos de la ciudad, ¿no eres sin duda el primero en Roma y en Italia que lo sabe? ¿Quién lo ha sabido antes?

TORRALBA.- ¿Y así ha sucedido de cierto como dices?

ZAQUIEL.- Puntualísimamente. ¿Ves ahora y entiendes que es cosa nunca vista el poder que te ofrezco? Va grande diferencia de saber estas cosas cuando todos a saberlas primero. Si hoy estuvieras en España cerca del señor rey don Fernando o del cardenal Jiménez de Cisneros, ¿qué albricias ni qué honra no te hubieran dado por tal nueva?

TORRALBA.- Oh, Zaquiel, eso que me dices, de mi propio corazón parece nacido y de mi propio gusto. Cierto estoy que no es la esperanza de recompensa, sino mi natural inclinación, la que me manda que ayude a mi legítimo rey en sus empresas y, campañas. Su más calificado consejero he de ser y su más cercano ministro.

ZAQUIEL.- Calla, que llega el cardenal tu amo.

(Ambos guardan silencio, mirando a la puerta. TORRALBA **permanece inmóvil, en tanto que** ZAQUIEL **se desliza discretamente a una zona en penumbra donde es menos visible. Entra** VOLTERRA **sosteniendo un candelabro y arrastrando sus púrpuras talares. Empuja la puerta del laboratorio y se detiene, en tanto que** TORRALBA**, en medio de la estancia, se inclina profundamente y permanece inclinado hasta que habla el cardenal. Pausa.)**

VOLTERRA.- Al no verte en tu aposento, pensé que aquí estarías con tu amigo alquimista.

TORRALBA.- Fray Pedro está durmiendo, señor.

VOLTERRA.- A lo que se ve, tu dolor de cabeza pasó pronto.

TORRALBA.- Vine en busca de remedio y parece que Nuestro Señor me trajo de su mano, pues lo hallé tan consumado y excelente como nunca pude pensar.

VOLTERRA.- ¿Y puedo yo saber cómo es eso? ¿Cuál es el tal remedio extraordinario que aquí hallaste?

TORRALBA.- A la vista está de su eminencia, véalo. **(Corta pausa.)** Pero, señor, ¿no ve este mancebo gallardo que está a mi lado?

VOLTERRA.- (Ambiguo.) Estoy suspenso, que no me acuerdo de él.

TORRALBA.- Bien sé que ahora no me ha de creer, que no es para creído. Y, sin embargo, Dios es testigo de que digo verdad en decir que este amigo tan mozo es un espíritu puro, señor; un espíritu bueno que se nombra Zaquiel.

VOLTERRA.- ¿Un espíritu dices, Torralba?, ¿no te burlas?

TORRALBA.- No me salve Dios, si miento. Un demonio platónico, eminencia, ni más ni menos.

VOLTERRA.- ¡Corpo di Bacco, un demonio platónico! ¡Como el que tuvo Sócrates!

TORRALBA.- ¡Justamente, señor, así lo dijo él mismo con las propias palabras! Por mediación de fray Pedro ha venido esta noche, y de gracia se ha puesto a mi servicio por el tiempo que me dure la vida.

VOLTERRA.- Me espanta tu fortuna, Torralba, ¿quién no te envidiará? ¡Con qué poco trabajo tendrás ahora en tu mano los más hondos misterios de la ciencia!

TORRALBA.- Y mucho más que eso, eminencia. Zaquiel me ha prometido que me dará noticia de los públicos sucesos con tal puntualidad y antelación, que no habrá para príncipes y reyes consejero de más provecho que yo. ¿No es así, Zaquiel?

ZAQUIEL.- Así es.

TORRALBA.- ¡Oh, Zaquiel! ¿Sólo eso dices? Sé más parlero, manifiéstate por menudo a su eminencia, que pueda conocerte. Es un príncipe de la casa Soderini, que gobierna Florencia, ¿no podrías revelarle algún suceso de fortuna política que toque a su interés o su ganancia?

ZAQUIEL.- Antes de que pasen tres años, uno de sus enemigos los Médicis ha de sentarse en la silla de San Pedro, en tanto que en Florencia, su casa y su familia caerán hasta más bajo que el polvo de la calle.

TORRALBA.- (Tras una pausa, estupefacto.) Zaquiel, pero qué has dicho. Qué has dicho, Zaquiel.

ZAQUIEL.- He dicho la verdad.

VOLTERRA.- Eugenio, estoy cansado y preciso recogerme. También tú debieras acostarte y dormir.

TORRALBA.- Señor, aún no lo he decidido, pero si me diese licencia para viajar a España a fin de dar avisos útiles a mi rey don Fernando sobre las cosas de la guerra con los moros de las plazas de África, ¿podría darme vuestra eminencia cartas con que presentarme al cardenal Jiménez de Cisneros?

VOLTERRA.- Excusada es la pregunta, amigo mío. Pero antes de dar un tal paso como ése, conviene que mires mucho lo que haces, y consideres que España no es Italia, y es muy otra la opinión de los demonios platónicos y cosas semejantes en uno y otro sitio. Voy a la cama, hijo. **(Dándole la mano a besar.)** Tú piénsalo, piénsalo despacio, que ya hablaremos de esto. Es menester mucha prudencia. **(Sale y sube la escalera.)**

TORRALBA.- (Tras corta pausa, preocupado.) Zaquiel, ¿qué te parece mi amo?

ZAQUIEL.- Te quiere más que tú a él.

TORRALBA.- Al principio no te veía, y aún después no sé si te ha visto de cierto o lo ha fingido. ¡Y ese tema de la prudencia, lo mismo que fray Pedro!

ZAQUIEL.- Los viejos son de suyo desconfiados y recelosos.

TORRALBA.- Zaquiel, contéstame con verdad. ¿Ha estado aquí el cardenal real y ciertamente? ¿No habrá sido todo una máquina y embeleco de mi imaginación?

ZAQUIEL.- ¿Eso piensas?

TORRALBA.- No lo pienso, sino lo temo. A veces no sé muy bien en donde acabo yo y empieza el mundo.

ZAQUIEL.- No hay frontera cierta. El mundo universo está todo él dentro de tu pensamiento, y así debe ser. No te turbes por eso. Ven, siéntate aquí **(Lo conduce al sillón.)**, apoya la cabeza, que reposes. **(Le acerca los dedos a la frente.)** La noche ha sido trabajosa y cansada.

TORRALBA.-Estoy hecho pedazos **(Cierra los ojos.)**, estoy muerto. **(Los abre, soñoliento.)** ¿Porqué precisamos prudencia, Zaquiel? ¿En qué peligro estamos?

ZAQUIEL.- Duerme, duerme tranquilo. Fíate de mí.

(Oscuro.)

(Valladolid, 6 de mayo de 1527. En una amplia estancia sobriamente amueblada, una cama con dosel tiene cerradas las negras cortinas y, frente a ella, un altar arrimado al muro muestra una abigarrada decoración piadosa en la que predominan los labrados bronces y platerías, y las flores frescas de la estación. El resto del aposento ofrece un contrastado equilibrio entre las encaladas paredes y las oscuras vigas y muebles de madera tallada. La reina viuda de Portugal DOÑA LEONOR DE AUSTRIA **enciende por sí misma un candelabro aplicando la pajuela a sus cinco velas de cera, en prevención de la inmediata caída de la noche. Es una mujer aún joven, alta y rubia, que acusa ligeramente el mentón adelantado que marca y señala a los de su estirpe. Sentado ante una mesa sobre la que hay varios ingredientes en papeles y redomas, el doctor** EUGENIO DE TORRALBA **machaca algo en un mortero suavemente, con el mínimo ruido, comprimiendo sin golpear con movimientos medidos y casi ritualizados. Es un hombre que tanto por su físico, menos juvenil, como por su talante más reposado y sombrío, refleja el tiempo que ha pasado por él desde la última escena. Procedentes de fuera, se oyen a veces lejanas ráfagas de bullicio popular.)**

DOÑA LEONOR.- Se está haciendo de noche y cada vez hay más máscaras en la calle. Parece que estemos en Carnestolendas.

TORRALBA.- Deje, no encienda vuestra alteza, yo lo haré.

DOÑA LEONOR.- Seguid majando, doctor, que yo atenderé a las luces. En algo habré de ocuparme, en tanto los criados están de fiesta. ¿No acudís vos a la mascarada?

TORRALBA.- Ya no estoy en edad, señora.

DOÑA LEONOR.- En vuestros años y estado, no hay hombre viejo. Más mozo es un soltero de cuarenta que no una viuda de treinta.

TORRALBA.- Vuestra alteza no tiene treinta años.

DOÑA LEONOR.- Bien poco me falta, así que déjense los halagos.

TORRALBA.- Esto es hecho, ya está bien ligado. **(Vierte en un blanco lienzo el contenido del mortero.)** ¿También la condesa de Aytona se fue de máscaras?

DOÑA LEONOR.- No queda nadie de mi gente, y a la de la emperatriz no quiero llamar, con que habréis de véroslas con mi pierna sin otra compañía. ¿No se dice que el médico es tal que el confesor?

TORRALBA.- De los demás no sé, pero de mí es bien cierto y seguro.

DOÑA LEONOR.- (Se sienta y sube la falda para descubrir una pierna; baja la media, y aparece una venda colocada junto a la rodilla.) ¿Es verdad que vuestro diablo no os da licencia de tener trato con mujeres?

TORRALBA.- (De hinojos ante su paciente, quitándole la venda con cuidado.) No es un diablo, señora, sino un espíritu bueno. No duele, ¿verdad?

DOÑA LEONOR.- No, que tenéis manos de arcángel. A ver, cómo está. Mejor que ayer, ¿no es cierto? Ya han cerrado del todo las heridas pequeñas, y las de los colmillos están más chicas.

TORRALBA.- Si tengo licencia de hablar, vuestra alteza es grandísima imprudente.

DOÑA LEONOR.- ¿Por ir de cacería con la Corte?

TORRALBA.- Por acercarse a un perro recién desventrado de un jabalí.

DOÑA LEONOR.- No era un perro cualquiera, doctor, sino «Numa», el predilecto de mi hermano el emperador. ¡Quién podría pensar que resultase ser un tal traidor! Al punto lo remató un montero, y muerto mostraba los dientes manchados de la sangre de Austria.

TORRALBA.- (Lavando la herida con un paño que moja en un aguamanil.) En defensa de esa sangre diera yo hasta la última gota de la mía, y vos hacéis que os la derrame un perro. En pasando unos días, excusaremos la venda.

DOÑA LEONOR.- ¿No quedará marca ni señal? Vea que he de casar con el rey Francisco de Francia, y es hombre que mira el primor de las mujeres tanto y más que el de los caballos.

TORRALBA.- A mi cargo queda que los franceses no tengan queja de mi señora.

DOÑA LEONOR.- No hay otro médico como vos en la Corte, todos lo dicen y dicen verdad.

TORRALBA.- Sé que no pocos me tachan de loco.

DOÑA LEONOR.- Eso, señor mío, es por causa de vuestro diablo, o espíritu, o lo que fuere. Para unos sois hechicero, loco para otros, y médico sin segundo para todos.

TORRALBA.- Que yo sirva a vuestra alteza en manera que esté siempre satisfecha, y lo que digan de mí los señores de la Corte no se me dará un ardite.

DOÑA LEONOR.- Señor Torralba, más satisfecha estuviera yo de vos si tuvierais menos trato con demonios y más devoción.

TORRALBA.- ¡Por Dios, señora! Yo soy buen cristiano y cumplo los preceptos de la Iglesia lo mejor que puedo y sé.

DOÑA LEONOR.- Dios os lo premiará, pero creedme si os digo que ese espíritu vuestro, como vos le llamáis, no os da buena opinión.

TORRALBA.- Alteza, por muchos años he estado en Roma entre cardenales y príncipes de la Iglesia, y nunca Zaquiel menoscabó mi crédito y fama, sino muy al contrario.

DOÑA LEONOR.- Pero, don Eugenio, ¿y que tienen que ver Roma y sus libertades con España y sus estrecheces? ¿Es que vos, que habéis tanto tiempo vivido en uno y otro sitio, no echáis de ver ninguna diferencia?

TORRALBA.- Harta diferencia hay, señora.

DOÑA LEONOR.- Pues tenedla en cuenta, y no viváis aquí con los usos de Italia. Mirad que al que sea sabio ilustre, aunque tenga ribetes de hechicero, en Roma le cubrirán la cabeza con ramas de laurel, y en España los pies con ramas de leña. Con que, mi buen Torralba, si queréis un consejo, despedid a vuestro demonio y, si es bueno como decís, que se vaya con Dios.

TORRALBA.- ¡Oh, señora, señora, cómo podré yo hacer una cosa tal!

DOÑA LEONOR.- ¡Y para remate, esa porfía en querer adivinar y dar aviso y noticia de sucesos contingentes y remotos! ¿Es que tenéis gusto en señalaros de brujo? ¿Es eso lo que queréis?

TORRALBA.- No quiero ni más ni menos que servir los intereses de su majestad imperial, mi rey y señor natural y hermano vuestro. Y si alguna vez yerro, suplico que se me perdone.

DOÑA LEONOR.- Y se os perdona, doctor, pero considerad que anunciasteis que sobre Roma caerían calamidades sin cuento, me importunáis para que se lo diga a mi hermano, y a otro día de decírselo nos llegan noticias de que el Santo Padre se aparta de la liga contra España, devuelve sus bienes a los Colonna, da setenta mil escudos para pagar el ejército imperial, y ha licenciado sus tropas. ¿A esta paz venturosa llamáis vos calamidades sin cuento?

TORRALBA.- Créame, señora, que desde que se supo esa embajada no salgo de mi confusión.

DOÑA LEONOR.- Más confusa estoy yo, que mi hermano no deja de burlarse de mí en los dos días que van pasados, y aún creo que toda la Corte me mira con boca de risa.

TORRALBA.- Vuestra alteza me está dando una grandísima pesadumbre, y créame que me holgara de que la tierra se abriera y me tragase al punto.

DOÑA LEONOR.- Doctor Torralba, yo os quiero bien y no he de afligiros, pero pensad en esto que os he dicho y ved que España no es Roma.

TORRALBA.- Cierto, señora. Estoy sumamente turbado y suplico me dé licencia de irme a mi posada, que quiero seguir su consejo y meditar y discurrir lo que haya de hacer.

DOÑA LEONOR.- Vaya, vaya con Dios mi buen don Eugenio, y examine con cuidado su situación y lo que más conviene a su provecho. **(Le da a besar la mano.)** No dejéis de decir me lo que hayáis resuelto, que me importan vuestras cosas por la afición que os tengo.

TORRALBA.- **(Ya en la puerta, se inclina.)** Dios guarde a vuestra alteza. **(Sale.)**

(Mientras se extinguen lentamente las luces, DOÑA LEONOR **se dirige a la ventana y se asoma, en tanto que se oye el rumor de la fiesta. Oscuro. Al hacerse de nuevo la luz,** TORRALBA **se halla en su posada, sentado en un sillón frailuno que forma parte del escueto menaje y mobiliario de una habitación que no es pobre ni rica: unos pocos libros en tablas colgadas de la blanca pared, una regular cama, una mesa, cofre y algún cuadro piadoso de pequeño formato y oscurecido lienzo. Un candil o un velón alumbran al doctor, que se halla ensimismado. En una silla de tijera y también silencioso, está sentado** ZAQUIEL **con la cabeza apoyada en el muro y la mirada perdida en el vacío. La incomunicación entre ambos es total.)**

TORRALBA.- ¡Oh, Dios, Dios, no hay hombre más desgraciado, no le hay! ¡Oh, Dios mío!

ZAQUIEL.- ¡La tua diffidenza! Esa aflicción la tienes por no fiar de mí.

TORRALBA.- De más he fiado, y así me veo como me veo.

ZAQUIEL.- Pues, ¿cómo te ves, y qué queja tienes? ¿Qué te he hecho yo?

TORRALBA.- Mentirme por la gola de un bellaco, eso me has hecho. ¡Oh, en qué negra hora te encontré!

ZAQUIEL.- ¡Mentirte! Mal podría hacerlo, sin tener libertad para pecar.

TORRALBA.- Con libertad o sin ella, bien me has engañado más de una vez.

ZAQUIEL.- Ni una sola, en los diecisiete años que te vengo asistiendo. Si en alguna ocasión me has entendido mal, ha sido tu culpa y no la mía.

TORRALBA.- ¡Oh, la ocasión famosa en que te entendí mal! Si dijiste que el cardenal fray Francisco Jiménez de Cisneros había de ser rey de España, qué otra cosa había de entender, sino lo que dijiste. Y después sucedió ser gobernador regente, y que hablaste en sentido figurado, sin que yo lo entendiera.

ZAQUIEL.- Para una vez o dos que se ha ofrecido ese accidente, no quieres acordarte sino de ellas. ¿O acaso has olvidado que anunciaste a ese mismo cardenal Cisneros la rota de los Gelves como yo te la dije, y a otro día llegó un correo con cartas que punto por punto confirmaban tu aviso? ¿No te acuerdas que te previne el alzamiento de las comunidades, ni de la muerte del rey Fernando, que te hice saber estando en Roma? ¿No se cumplió mi aviso puntual y a la letra en esos lances y aun otros tantos?

TORRALBA.- Tu último aviso ha sido tal, que me ha hecho perder el aprecio y la fe de mi señora, y a ella ganar la burla del emperador y de la Corte toda. ¿También ése se ha cumplido de manera puntual y a la letra?

ZAQUIEL.- Cierto que sí, puntualísimamente, si miras que te dije que caerían sobre Roma calamidades sin cuento y así le ha sucedido en el día de hoy, que desde el tiempo de los vándalos no ha conocido tal tribulación.

TORRALBA.- ¡Oh, Zaquiel, Zaquiel, pero qué dices! ¡Que aún quieras porfiar en perderme, como si no me hubieras hecho ya bastante mal!

ZAQUIEL.- ¿Che io ti faccio male?

TORRALBA.- ¡Sí, sí me haces! ¡Más que ningún otro! ¿Acaso no tengo por tu culpa fama de hechicero?

ZAQUIEL.- Esa fama, tú te la haces porque gustas de tenerla. Ya la tenías antes de conocerme.

TORRALBA.- (Tras una pausa.) Zaquiel, por tiempo de diecisiete años me has acudido siempre, y no había noche de plenilunio que yo no anduviere alegre a la espera de tu llegada, sin que nunca dejases de venir. Me has hecho sentirme más grande y más alto que los demás hombres, pero ahora te pido que, por amor mío, te vayas y no vuelvas más. Tengo miedo, Zaquiel; quiero ser un hombre ordinario como todos, porque si no, yo no sé lo que pueda ser de mí. España no es Italia, y tengo miedo. Déjame, Zaquiel, vete y no vuelvas.

ZAQUIEL.- Prometí a fray Pedro que no te dejaría en tanto que vivieses.

TORRALBA.- Fray Pedro ya murió...

ZAQUIEL.- Pero tú estás vivo, y he de seguir contigo. Hemos de sernos fieles y vencer las flaquezas con buen ánimo, no se diga que tan buena amistad y tan antigua se quebró por el miedo.

TORRALBA.- Entonces, que Dios me ayude.

ZAQUIEL.- Tu poca fe es lo que te pierde, hombre inquieto. Vamos, dime, ¿qué perjuicio te hago yo? ¿No te ayudo a ser un hombre bueno de honradas costumbres? ¿Y acaso no es eso lo más necesario para tu alma? Acuérdate del campo de Agramante que había en tu corazón antes de que me encontrases, dividida tu afición y tu vida entre contrarias y heréticas doctrinas. Bien descarriados iban tus pasos, que a un tiempo te ibas apartando del Dios de tus padres y de tu discreción y juicio. ¿Tienes miedo de estar conmigo, y no lo tienes de volver a esa confusión? Dices que España no es Italia y eso me abona, pues, ¿qué hubiera sido de ti en España si no me hubieses conocido y siguieses aún en las doctrinas de Maqueta y del maestro Alfonso? ¿Y qué será de ti, si vuelves a caer en esos yerros u otros semejantes? ¿Cierto, cierto, crees que estarás más a salvo y seguro sin mí que conmigo?

TORRALBA.- No, Zaquiel, no sé qué replicarte, yo confieso que tu ayuda ha sido grande, y que también me has remediado en mi oficio y hecho conocer tantas yerbas y modos de curar que me han granjeado el crédito que tengo. Pero siento la angustia del peligro cercano, y no sosiega mi alma.

ZAQUIEL.- Y no sosegará en tanto que procedas como has hecho hasta ahora. ¿A qué viene ese empeño de mostrarme como a mona de feria? ¿No ves que yo no gusto de estar sino contigo, y que sólo con gran repugnancia condesciendo en hacerme visible para otros cuando tú me lo pides?

TORRALBA.- ¿Y si no te vieran, cómo habrían de creerme? De todas suertes, a bien pocos has consentido en mostrarte, acuérdate que siempre o casi siempre te has negado.

ZAQUIEL.- Me vio en Italia demasiada gente.

TORRALBA.- Las personas principales que te vieron, fueron pocas y están muertas. Te vio el cardenal Volterra, que me tenía como hijo, y ya dio el alma. También te vio y está muerto el cardenal de Santa Cruz, y el cardenal de Siena fue el último en verte y el primero en morir, que el Santo Padre lo hizo ahorcar.

ZAQUIEL.- Otros me vieron que no han muerto, y alguno vive aquí en Valladolid.

TORRALBA.- Por don Diego de Zúñiga lo dices. Ese es un necio impertinente que no tiene poder ni valimiento.

ZAQUIEL.- Pero tiene lengua, y bien desembarazada y laboriosa, por cierto.

TORRALBA.- Es un hablador y el más pesado mentecato del mundo, con su afán de encontrar tesoro encantado con que enderezar su hacienda. No ha de volverte a ver, ni él ni otro alguno, si así se excusan peligros. Perdóname, Zaquiel, las simplezas que antes dije, y vuélveme tu gracia de amigo.

ZAQUIEL.- Nunca te la he quitado, y así no es menester que te la vuelva.

TORRALBA.- ¡Oh, Zaquiel, por mi amor, dame acá esos brazos!

ZAQUIEL.- ¡No me toques! Sabes bien que no gusto de ser manoseado. Siéntate ahora, y escucha: ¿por qué no eres leal conmigo y me dices limpiamente lo que piensas?

TORRALBA.- ¿Que yo no soy leal?

ZAQUIEL.- ¿Con qué corazón ofreces amistad a quien tienes por un embustero?

TORRALBA.- ¡Zaquiel, cómo puedes decir eso! ¡Te he pedido que me perdones!

ZAQUIEL.- ¿Tienes fe en mí? ¿Ya no piensas que son mentirosos mis avisos?

TORRALBA.- Tú mismo me has hecho que me acuerde de cómo la experiencia los confirmó.

ZAQUIEL.- Del último te hablo. ¿Qué piensas de mi anuncio sobre las desdichas y calamidades de Roma?

TORRALBA.- Asómate, Zaquiel, a la ventana, y mira ese bullicio de máscaras y luminarias. Ellas te hablan de Roma, que no yo. El visorrey flamenco de Nápoles don Carlos de Lannoy despachó una galera con nuevas tan favorables, que el emperador ha ordenado dos días de mascaradas. El Papa Clemente se ha salido de la guerra contra España y ha dado dineros con que cobre sus pagas nuestro ejército de Milán. Eso dicen las cartas y otras mil cosas más, todas buenas.

ZAQUIEL.- Ya he oído lo que dicen las cartas, ahora oye lo que digo yo. El ejército de Milán ha entrado a saco en Roma esta mañana, y a esta hora está asolando la ciudad entre llamas y sangre. Los españoles y lansquenetes recorren borrachos las calles, con las cabezas de los cardenales y prelados clavadas en sus picas. Las mujeres están siendo violadas y degolladas o vendidas, y sus padres ahorcados de los balcones de sus casas. El Papa Clemente VII se ha encerrado en Sant Angelo con doscientos suizos, y la ciudad santa es un rebaño despedazado por los dientes de los lobos. Questo è ció che ora accade pella cittá eterna.

TORRALBA.- Oh, Zaquiel, qué dices. Pero qué dices, eso es un desvarío, un despropósito que jamás ha cruzado los sesos de un loco. ¡Roma, la piedra angular de la Iglesia, la ciudad de Dios! ¿Cómo puede verse así, sin que el sol caiga del cielo? ¡Y a manos de españoles! **(Le va acometiendo una risa nerviosa.)** ¡Ja, ja! Mira, mira esas gentes, ¡aquí de mascarada, y en Roma degollando obispos! ¡Ay, Roma putana! ¡Jaaa, ja, ja, ja!

ZAQUIEL.- Ya veo que no me crees.

TORRALBA.- Siempre te creo, aun lo que no es para creer. **(Restos de risa.)** No quiero reír, Zaquiel, te juro que si he reído, ha sido a mi pesar. Yo soy cristiano y una nueva así no puede sino dolerme. **(Ríe.)** Se me parte el corazón, así me salve Dios.

ZAQUIEL.- Nunca vi tan alegre pesadumbre.

(Se oyen golpes en la puerta.)

TORRALBA.- ¡Qué inoportuno llamará a estas horas!

ZAQUIEL.- Tu amigo el de Zúñiga.

TORRALBA.- ¿Es su merced quien llama, don Diego? ¿Qué quiere? **(Abre.)**

ZÚÑIGA.- (Entrando.) ¡Oh, cómo me ha conocido el gran Torralba! ¡Sin abrir la puerta, sabía que era yo!

TORRALBA.- Ya estaba para meterme en la cama.

ZÚÑIGA.- Por mi vida, don Eugenio, que me diga franca y verdaderamente si su demonio le ha anunciado mi llegada.

TORRALBA.- Estoy cansado y es muy tarde, vea que van a dar las doce.

ZÚÑIGA.- Dígame tan sólo eso, y prometo de irme al punto.

TORRALBA.- Pues sí, él me avisó y su merced lo ha penetrado como un lince.

ZÚÑIGA.- ¡Por Dios, que lo olí! ¡Me huele a demonio, el aposento! ¿Está aquí ahora? Dígame si está, don Eugenio, por Dios vivo.

ZAQUIEL.- Está empapado en vino, como un zaque. Échalo fuera.

TORRALBA.- Vaya, vaya a dormir mi buen amigo y descanse, que mañana hemos de seguir la plática.

ZÚÑIGA.- Quiero ver a ese bellacuelo. Conjúrelo que se haga manifiesto y yo lo vea. Quiero verlo, que sé que está aquí.

TORRALBA.- Ya lo vio en Italia, ¿no se acuerda?

ZÚÑIGA.- No, no me acuerdo. Quiero verlo ahora, y ponerle al hocico la cruz de mi espada, que por fuerza confiese a qué parte de la posada se halla el tesoro que ocultaron los moros. Conjúrelo que salga, doctor, que a fe de caballero le prometo que, en teniendo ese oro y esa plata, nos lo hemos de repartir como buenos hermanos.

TORRALBA.- Mil veces le he dicho que ese tesoro tiene un encantamiento muy fuerte, y no están los planetas favorables para romper el hechizo y llegar a los cofres. Hay que esperar.

ZÚÑIGA.- ¿Cuánto hay que esperar? ¿Cuánto? No me engañes, mira que no me engañes, Torralbilla, ten cuidado conmigo, brujo embustero, que ya has cruzado la raya de mi paciencia, y puedo hacer que te pese.

ZAQUIEL.- ¿Lo oyes? Cuídate de él, que tiene mala sangre.

TORRALBA.- Es grosería de borracho.

ZÚÑIGA.- ¿Yo, borracho? ¡Por Dios, que no lo cato si no es en las comidas, y eso cuando lo tengo! Si ahora he tomado, ha sido porque las máscaras me daban la bota y no me podía negar. ¿No ha estado con las máscaras mi Torralbica? ¿No ha bebido con ellas, ni bailado? ¡Bien se ve que no! ¡En la cara se lo veo! ¡En esa cara de ahorcado bilioso!

TORRALBA.- Su merced precisa acostarse, y yo también.

ZÚÑIGA.- ¡Por los huesos de mi padre! ¿Sabe, doctor, que se le está poniendo cara de hereje? ¡Oh, y cómo se echa de ver que ha de acabar hecho chicharrones!

ZAQUIEL.- ¿A qué esperas, di, para asirle del pescuezo y sacarle de un empujón?

TORRALBA.- ¡Váyase, don Diego, váyase a dormir!

ZÚÑIGA.- ¿Dormir yo? ¡Esta no es noche de dormir, medicastro! **(Ante la ventana.)** ¡Es noche santa de coplas y danzas! ¡Noche de pecado y de locura en las manos de Dios! ¡Mira, mira esa manada de máscaras que llegan bailando! ¡Ven, míralas, que te alegren los hígados!

TORRALBA.- Repito que se vaya a dormir, que bien lo ha menester. ¡Vamos, salga!

ZÚÑIGA.- ¡Pues qué! ¿Quiere estar solo el doctor Torralba, en una tal noche como ésta?

TORRALBA.- Sí, quiero estar solo. Salga y déjeme.

ZÚÑIGA.- ¿Que quiere quedar solo el hechicero? Pues ahora lo veredes, dijo Agrajes. **(Por la ventana.)** ¡Eh! ¡Eh, aquí! ¡Suban, suban aquí! ¡Venid, que aquí está el brujo Torralba, que quiere conocer si sois gentes de pro! ¡Subid, pícaros, bribones!

TORRALBA.- ¡Pero qué hacéis, necio! ¡Maldito borracho!

ZÚÑIGA.- ¡Ya, ya suben! ¡No cierre la puerta, doctor, no la cierre, que se la han de quebrar! **(Por la ventana.)** ¡Arriba, arriba, jacareros, ladrones, gentuza!

(Ríe ZÚÑIGA **con risa de borracho, y el creciente rumor de las máscaras culmina con la irrupción de éstas en el aposento, invadiendo su austera decoración con la detonante y estrafalaria apariencia de sus caprichosos atavíos, su movimiento tumultuario y voces agudas, rústicos instrumentos y general remolino multicolor que atrae y absorbe lo individual para integrarlo en la móvil masa de los disfraces, dotada de una especie de alma colectiva rítmica y orgiástica, que, enajena las mentes y convoca al delirio. Al inundar la habitación, su múltiple presencia oculta a** ZAQUIEL**, que desaparece.)**

LAS MÁSCARAS.- ¡Uuuh! ¡Hechicero, hechicero! ¡Uuuuh! ¡Brujo negro, brujo negro, que arderás en el brasero!

ZÚÑIGA.- (Riendo.) ¡No, no ha de ser así, que es muy mi amigo! ¡El gran Torralba!

UNA MÁSCARA.- ¡El gran hechicero del emperador, ha de dar la grasa en un asador! ¡Ha de dar la grasa!

ZÚÑIGA.- (Cada vez más torpe.) ¡Quita allá noramala, cuervo! ¡A ti han de quemar, que no a mi Torralbuela! ¡Con hechizos hallará un tesoro, y yo iré a la parte! ¡Mi hermanico es!

LAS MÁSCARAS.- ¡Brujo, brujo y hechicero, con su pluma en el sombrero y un demonio prisionero! ¡Brujo negro y nigromante, en tu anillo hay un diamante con la cifra de Satán, que le vendiste tu alma por tres fanegas de pan!

UNA BRUJA VERRUGOSA.- Torralba, doctor galán,

cógeme y llévame a Roma,

y serás un gavilán que se lleva una paloma.

¡Ay, llévame contigo, que soy tuya!

(La rechaza TORRALBA**, y ella cae en los brazos de un disfrazado jayán que se la echa sobre los hombros para llevársela mientras a ella se le descompone el vestido dejando ver unas lindas piernas. Ríe la raptada quitándose la máscara, y resulta que es una hermosa joven.** TORRALBA **les sigue con la vista.)**

EL RAPTOR.- (Llevándose a la muchacha.) ¡Deja al sabio, buena moza, y vente conmigo, que esta noche has de ser mártir!

OTRAS MÁSCARAS.- (Bailando en torno a Torralba.)
Vente con nosotros; oculta tu rostro

y harás cuanto quieras, querer es poder

cuando nadie sabe si eres tú o es otro

el siervo de Cristo o el de Lucifer.

Serás poderoso, que no tendrás leyes,

usos ni costumbres a que obedecer;

serás poderoso igual que los reyes,

que a nadie obedecen sino a su placer.

OTRO GRUPO DE MÁSCARAS.- (Alternativamente, también rodeando a TORRALBA**.)** ¡Uuuh! Ven, doctor ilustre, hechicero real. Ven a jugar como una criatura. Recobra tu inocencia jugando, juega y purifícate. Juega con nosotros, deja de ser lo que eres y hazte un niño pequeñito y mamón. En siendo tan chico, has de ser inocente, hagas lo que hagas. Robarás los cálices del señor, y serás inocente. Violarás a una viuda hambrienta y serás inocente, y si degüellas al obispo, igual. Serás inocente porque serás niño, que los niños siempre son inocentes, los hijos de la grandísima. Y no habrá leyes para ti, no, que los niños de teta no tienen más ley que su apetito. ¡Uuuh! Bórrate el rostro, Torralba, bórrate el rostro y el nombre, y los dientes de la ley no podrán hallarte ¡Uuuh! ¡Júntate, júntate con nosotros, brujo real, brujo de palacio!

TORRALBA.- (Que recibió a las máscaras con disgusto y se ha ido interesando progresivamente.) ¡Mira mucho lo que dices, tú, socarrón, que yo no soy brujo ni por pienso, si acaso lo sería la puta que te parió!

UNA MÁSCARA.- ¡Uh, señor doctor, pero qué maneras son esas! ¡Sin careta no se puede hablar así! ¡Uuuh!

OTRA.- Ponte una que te acomode y vente con nosotros al baile de la plaza.

TORRALBA.- (Con ganas de ir.) ¿Ir yo con vosotros, belitres?

UNA MUJER HERMOSA.- No, sino conmigo. Vámonos los dos solos por las calles oscuras a salir a las eras, que están llenas de luna. Para ti he de bailar como bailan las hojas de los álamos del río, con un temblor de luces. Vente conmigo, vente. Cógeme la cintura y hazme abrir esta boca para buscar el aire. Mírame las caderas, que están locas porque tú no las atas con ese par de brazos. Los pechos tengo de fuego y el cuerpo tengo de hormigas, ¿qué haces, alicorto, que no me tomas? Ay, ven, acércate, acércate más, así, así..., dame un beso, dame... **(Repentinamente se quita la careta, apareciendo bajo ella una calavera.)** ¡Memento, homo! **(Retroceso instintivo de** TORRALBA**, que reacciona adelantándose de nuevo, cuando ya la máscara se retira riendo. Obstaculizado por un grupo, no puede seguirla el doctor, que la ve de lejos, levantada en alto cerca de la puerta, quitarse la careta de la calavera para ser otra vez la joven que anteriormente se llevó el jayán raptor.)** ¡Adiós, gavilán, gavilán mío, que siempre huiste de mí por culpa de quien yo me sé! **(Ríe a carcajadas, mientras traspone la puerta.)**

TORRALBA.- Tú, tú eres quien huye, que yo no. Espera, espera.

UNA MÁSCARA.- No espera quien es esperado, sangre blanca. ¿Vienes o no?

TORRALBA.- ¿Y quién espera a esa moza?

LA MÁSCARA.- ¿Quién? ¡Los jueguecicos de amor! ¡Un mejor fornicador que tú!

OTRAS MÁSCARAS.- ¡Vente, vente con nosotros!

TORRALBA.- ¿Y si voy con vosotros, la encontraré? ¿Encontraré a la moza con disfraz de Muerte?

UNA MÁSCARA.- ¡A la moza con disfraz de Muerte, o a la Muerte con disfraz de moza! Sí, bien pudiera ser que la encontrases, ven.

OTRA.- ¡El amor y la muerte son todo uno, brujo rijoso! ¿No lo aprendiste en tus noches de estudio? Vente, vente con nosotros, que se te duerma el alma y se despierte el cuerpo, vente a la fiesta.

OTRA.- ¡Vente a gozar del mundo y el mundo gozará de ti, que el mundo somos todos! ¡No tengas miedo, ven!

TORRALBA.- ¡Vamos, vamos donde queráis!

LAS MÁSCARAS.- ¡Uuuh! ¡Uuuh! ¡Ya, ya se viene! ¡Uuuh! ¡Ya tenemos otro! ¡Otro, con nosotros! ¡Otro más! ¡Uuuh! ¡Otro, otro!

TORRALBA.- (Arrastrado por el remolino, que gira en espiral y lo envuelve.) ¡Zaquiel, Zaquiel! ¡Don Diego! ¡Zaquiel, ven! ¡Zaquiel!

LAS MÁSCARAS.- (Alternativamente.) ¡No llames, no! ¡No llames a nadie! ¡Mira que estás solo! ¡Desde que eres máscara, estás solo! ¡Solo con tu propia noche, entre los que no conoces ni te conocen a ti! ¡Solo, solo como Adán a la hora de nacer y como Judas a la de morir! ¡Solo como Dios, dentro de tu máscara! ¡Uuuh! ¡Uuuh!

(Gira el remolino de máscaras, gira sobre sí mismo entre agudos gritos, derribando los muebles y, envuelto en estrépito, sale dejando la puerta abierta y la habitación vacía, con ZÚÑIGA **en el suelo, roncando y vomitando.)**

(Oscuro.)

ACTO SEGUNDO

Descampado nocturno bajo la luna llena. A un lado, el rollo de piedra de la jurisdicción vallisoletana, rematado por una pequeña cruz de hierro. Se oye, muy lejano, el griterío de la carnavalada, contrapunteado por el canto de un grillo próximo y potente. Enmudece el insecto al aproximarse los pasos de TORRALBA**, que camina cabizbajo y mohíno, manchado de barro y lanzando alguna iracunda mirada tras de sí. Fatigado y maltrecho, el miedo y la cólera se reparte su corazón y se asoman a las ventanas de su soliloquio, aunque con más recato el primero y más ostentación la segunda.**

TORRALBA.- ¡Andad allá noramala, gentecilla soez y malnacida! ¡Villanos hartos de ajos, sin más gusto ni ley que vuestra panza! ¡No hay mérito ni estimación para vosotros, si no es para halagar vuestra barriga! ¡Si un profeta del Señor os anuncia una desgracia, os faltan manos para apedrearle, ladrones! ¡Andad, andad allá, infame ralea! ¡Seguid cantando y bebiendo, que ya lloraréis! ¡Ya veremos quién es el loco, si vosotros o yo! ¡Ya lo veremos, sandios, jumentos, que todo lo arregláis con una coz! ¡Oh, Dios, yo me tengo la culpa, yo! ¿Quién me manda a mí echar margaritas a los puercos? ¿Qué tengo yo que ver con esa gente? Y menos mal que no me han matado, esos hijos de Satanás, que bien lo han procurado. ¡A la horca con él, a la hoguera, el hechicero, a tajarle el pescuezo! ¡A la acequia, a la acequia, que se ahogue! ¡Así cayeran rayos del cielo y os abrasaran a todos, que más tenéis de lobos carniceros que de hombres! ¡Bestias sin entrañas, bárbaros, verdugos inhumanos!

ZAQUIEL.- (Que, envuelto en un amplio manto, pasaba desapercibido, sentado al pie del rollo.) ¿A quién injurias con tanta cólera?

TORRALBA.- Ah, ¿estás ahí?

ZAQUIEL.- Eccomi.

TORRALBA.- Buena ayuda tengo en ti. A poco no me matan.

ZAQUIEL.- ¿Cómo es eso?

TORRALBA.- ¿Y lo preguntas tú, que tanto sabes? ¿Por qué me dejaste solo, en medio de esa turba de villanos?

ZAQUIEL.- Fuiste tú quien me dejó, por irte de fiesta.

TORRALBA.- ¿Y es que no te llamé? ¿Por qué no viniste?

ZAQUIEL.- Yo soy fruto de soledad, amigo. El bullicio no es mi posada, ya lo sabes.

TORRALBA.- Esos jayanes borrachos me apalearon, me sacaron de la ciudad, y me echaron a una acequia, que me ahogase. Eso hicieron conmigo, Zaquiel, sin que tú me advirtieses cuando me iba con ellos.

ZAQUIEL.- Parecías muy su amigo, y aunque sabía lo que te había de pasar, también sabía que no harías caso de mi aviso. Tenías tales ansias de jugar con la moza disfrazada de Muerte, que juzgué conveniente que hicieses tu gusto. Ya lo has hecho.

TORRALBA.- ¿Que he jugado con la moza? ¡Si no la vi más, por los huesos de mi padre!

ZAQUIEL.- Has jugado con la Muerte, o ella ha jugado contigo. Una lección inútil, que no aprenderás.

TORRALBA.- Estás celoso como una mujer.

ZAQUIEL.- Mira lo que hablas.

TORRALBA.- No gustas de que tenga amigos, ni de que vaya con mujeres. En la Corte dicen que me has vedado el trato con ellas.

ZAQUIEL.- Procuro la salvación de tu alma, que bien perdida la tenías antes de acudir yo. Y si en la Corte dicen eso, es porque tú hablas demasiado, ya te lo he dicho.

TORRALBA.- Al final, siempre venimos a lo mismo: que de cuanto me ocurra, soy yo sólo el culpable por mi afición de hablar.

ZAQUIEL.- Así es. ¿O no? Veamos, Eugenio, ¿qué les has dicho a esas máscaras, para que así te maltratasen? ¿No les has advertido que están celebrando la paz con el Papa, cuando esa paz está hoy más lejos que nunca? ¿No les has dicho algo así?

TORRALBA.- ¿Y no es la verdad para decirla, o es que hay que ocultarla debajo de un celemín?

ZAQUIEL.- ¿No has pensado que para esa gente, la paz es más necesaria que para ti? Con ella, tienen la esperanza de que les levanten alguna de las muchas contribuciones y alcabalas que pechan, o al menos, que no les echen otras nuevas. Después de mucho tiempo intentan respirar, y tú les aprietas el cuello.

TORRALBA.- ¿Que yo aprieto? ¿Yo? Yo les digo lo que sé, nada más.

ZAQUIEL.- Y si es inevitable, ¿qué necesidad tienen de saberlo antes de tiempo? Antes hablabas de los profetas que anuncian desgracias y son apedreados. Pues qué, ¿un pueblo asfixiado por las desgracias presentes ofrecerá leche y miel a quien se complace en anunciarle desgracias aún mayores en el futuro? Le arrojará de sí a pedradas, doctor, si es que conoces a los hombres.

TORRALBA.- Pero, Zaquiel, qué dices. ¿Apruebas al pueblo judío, cuando así trataba a los profetas de Dios?

ZAQUIEL.- Soy un ángel bueno, no tengas cuidado.

TORRALBA.- Pues querría yo saber lo que dicen los malos.

ZAQUIEL.- Eso ya te lo enseñaron Cipión y Maquera. Bene, bene, mio piccolo dottore. ¿Así, ya no te quedan dudas sobre lo que en Roma sucede, puesto que has comenzado a divulgarlo? ¿Eh? ¿Estás bien seguro de que les decías la verdad, o sólo querías importunarles el gusto, en vista de que no alcanzabas a tu moza?

TORRALBA.- ¡Oh, Zaquiel, cómo puedes...! ¿Por tan ruin me tienes?

ZAQUIEL.- En todo hombre hay algo de ruindad, y en ese punto, tú no eres peor que los demás, pero tampoco mejor.

TORRALBA.- Mucho me desprecias, Zaquiel.

ZAQUIEL.- No, al contrario, te amo más que tú a mí. No, no protestes, tú siempre has recibido más amor del que has dado, te pasó con fray Pedro, con Volterra, y hasta con Cipión y Maquera. Nunca te has dado cuenta, porque nunca has apreciado lo que tienes...

TORRALBA.- Tú eres cuanto tengo, Zaquiel, ya no tengo otra luz si no es la tuya.

ZAQUIEL.- Y eres tan rebelde, que ni aún así me tienes fe. No me has contestado, amigo mío. ¿Tienes por verdad y crees la noticia que te he dado de Roma?

TORRALBA.- (Vacilante.) La creo..., porque tú me lo mandas, y yo no podría hacer otra cosa.

ZAQUIEL.- O, che bravo discepolo! ¿Por obediencia crees a tu maestro, cual si fueses un párvulo en la escuela?

TORRALBA.- Ya es bastante decirte que te creo en materia tan increíble, Zaquiel, no me pidas más.

ZAQUIEL.- Bien dices, no puedo pedirte más. Yo haré que lo veas por ti mismo, que sin duda, tus propios ojos tendrán el crédito que yo no tengo.

TORRALBA.- No entiendo qué me quieres decir.

ZAQUIEL.- Digo que en esta hora, tú y yo iremos a Roma, y para siempre sabrás si digo verdad o no la digo.

TORRALBA.- ¿Estás en tu juicio, que piensas que yo me parta así de la Corte para un viaje tan largo?

ZAQUIEL.- Nadie te echará a faltar, que antes que amanezca estarás de vuelta en Valladolid.

TORRALBA.- ¡Oh, Zaquiel, no, eso no, en ninguna manera! Yo no soy un espíritu como tú, sino un cuerpo mortal y un portento como ése me da mucho temor.

ZAQUIEL.- Fíate de mí, fíate de mí, hombre sin fe, cuántas veces te lo he de decir, fíate de mí.

TORRALBA.- Ya, ya fío, pero el pavor no está en mi mano dominarlo.

ZAQUIEL.- No tendrás ningún desplacer, desecha todo temor y ten confianza, que estás con quien tiene poder para tenerte salvo y seguro en la tierra y en el cielo.

TORRALBA.- ¿Tú vendrás conmigo, Zaquiel, a mi lado?

ZAQUIEL.- Sin separarme un punto, no temas.

TORRALBA.- En esa confianza iré, pero mira que me sostengas y me cuides como a las niñas de tus ojos sin dejarme caer, que imagino que iremos por el aire.

ZAQUIEL.- Imaginas muy bien, que por el aire ha de ser nuestro camino y surcando la esfera de los cielos.

TORRALBA.- ¡Ay, Jesús!

ZAQUIEL.- (Recogiendo de junto al rollo una especie de palo o largo cayado nudoso.) Non aver paura, y mira cómo hago. **(Se monta a horcajadas sobre el palo, sosteniendo su extremo para mantenerlo en posición inclinada.)** Haz tú lo propio detrás de mí, monta y cabalga el báculo, que es de tan buena andadura, y tan igual y llana, que no hay mula que se le iguale.

TORRALBA.- (Montando, titubeante, y agarrándose a la espalda de Zaquiel.) ¡Ay! ¿Y este palo, Zaquiel, es el cuartago que nos ha de llevar en volatinas por la región del aire?

ZAQUIEL.- No te pongas tan cerca ni te cojas a mí, sino al propio bordón. Échate atrás, que has de asir y alzar la vara de manera que se te acomode por montura, como a mí.

TORRALBA.- (Retrocediendo de mala gana.) ¿Y no fuera mejor que volases con tus tres pares de alas aderezadas con plumas de pavo real, llevándome a mí en brazos?

ZAQUIEL.- Igual que una Madonna con el Santo Bambino, no faltaría sino darte el pecho, aunque harto te lo vengo dando, que no hago otra cosa desde que te conozco. ¿Estás aparejado, doctorcico? Cierra los ojos.

TORRALBA.- ¡Ay, madre mía! ¿Que cierre los ojos, dices?

ZAQUIEL.- Ciérralos, y nada sentirás. Fidati di me.

TORRALBA.- (Cerrándolos.) Que Dios nos tenga de su mano...

ZAQUIEL.- A Roma, pues.

(El palo horizontal sobre el que ambos van montados, comienza a elevarse por medio de delgados cables fijados a sus extremos, al tiempo que el rollo, como si los voladores lo dejasen atrás, retrocede hacia el lateral para acabar ocultándose. Sólo el disco de la luna permanece en la escena.)

TORRALBA.- (En el momento de alzar el vuelo.) ¡Aaaah! ¡Ay, Zaquiel, que la tierra se me ha ido de los pies!

ZAQUIEL.- ¿Pues, pensabas que habías de volar con los pies en el suelo? Buen ánimo, valiente, que ya estás en el aire como un alcaraván, y mira si es sin daño y sin peligro.

TORRALBA.- Eso de sin daño y sin peligro, no lo sabré yo hasta verme de nuevo a pie firme en mi casa, sentado en mi gran silla.

ZAQUIEL.- Tu gran silla es ésta, aunque tú ahora no eches de ver sino tu miedo. Si un día ha de ser Torralba conocido y recordado en el mundo, será por la silla que ahora tienes, no por la de tu casa.

TORRALBA.- Dices bien, Zaquiel amigo, y en ese pensamiento se disipan un tanto mis temores, que no es bien que la fama me recuerde con nota de cobarde. ¿Se romperá el hechizo de este encantamiento si abro los ojos un poquito no más?

ZAQUIEL.- No se romperá sino el poco valor que has logrado juntar. Ábrelos, si es tu gusto.

TORRALBA.- Esperaré otro poco, que se me afirme más el corazón. Pienso, Zaquiel, que si alguien en la tierra levanta la cabeza y nos ve cruzar el cielo de esta suerte, pensará que somos dos hechiceros tales, que le den una higa a Merlín y a Frestón.

ZAQUIEL.- Mucho más que ellos somos, que en siendo tú un buen cristiano y yo un ángel de Dios, mira si nos quedan chicos.

TORRALBA.- Ni al calcañar nos llegan, es verdad. **(Corta pausa.)** Zaquiel.

ZAQUIEL.- Hablador estás.

TORRALBA.- Necesito conversar y oírte, que voy con los ojos cerrados, y si no te oigo, parece que estoy solo.

ZAQUIEL.- Pregunta y di cuanto quisieres, que yo te contestaré. ¿Qué ibas a decir?

TORRALBA.- Iba a decir que, aunque me has recomendado que, por mi seguridad, no cuente ni comunique cosas de ti, este vuelo sí lo contaré.

ZAQUIEL.- Más discreto sería que tuvieses la boca cerrada.

TORRALBA.- Ni haciéndome pedazos. ¿Cómo me hará conocido y famoso este viaje, según decías, si yo no lo publico? Con pelos y señales lo pienso relatar a doña Leonor, al emperador y a la Corte toda.

ZAQUIEL.- A tu cargo serán las consecuencias que resulten.

TORRALBA.- Después de eso, ya no diré nada, pero este viaje, por Dios que lo relate, que me va la honra. Me das licencia, ¿verdad, Zaquiel?

ZAQUIEL.- Si no te la diese, tú la tomarías.

TORRALBA.- Así que me la das. ¡Oh, qué cara pondrán, ya estoy viendo sus caras! ¡Ahora verán, el loco!

ZAQUIEL.- Contento estás.

TORRALBA.- ¿Y cómo no, si estoy gozando el más grande suceso de mi vida? Para esto nací y he vivido hasta ahora, para esta experiencia nunca vista. Nunca pensé, Zaquiel, que ésta fuera la manera con que vuelan los ángeles, montados en un báculo encantado. Os hacía con alas de pintadas plumas.

ZAQUIEL.- No es ésta nuestra forma ordinaria de volar, sino de transportar un cuerpo grávido, como es el tuyo.

TORRALBA.- Nunca soñé que un día tuviese tan grandísima honra, bendito sea Dios. Pero dime, Zaquiel, ¿no se oye como ruido de aguas?

ZAQUIEL.- Así es y no podría dejar de oírse, como que volamos sobre el mar.

TORRALBA.- ¿Sobre el mar, dices? ¿Tan presto? Por Dios, que yo lo vea. **(Abriendo los ojos.)** ¡Oh, por mi vida, el vasto mar, y cómo hincha y levanta sus inquietas aguas! ¡Cómo brillan a la luna sus turbulentos lomos, que parecen de oscuro aceite! ¡Y qué bajos volamos, Zaquiel, que a poco que me agache, creo que podría mojar en él mi mano!

ZAQUIEL.- De perlas me parece que ya no tengas miedo, que si hasta aquí hemos ido bajos porque te hicieses a la experiencia, ahora hemos de ganar altura y ligereza sin perder un punto de comodidad.

TORRALBA.- ¿Y qué necesidad tenemos de cambiar el régimen de la volatería, si ahora vamos tan ricamente?

ZAQUIEL.- Tú déjame hacer a mí, que en manos está el pandero... y no digo más.

TORRALBA.- Cierto que sí, Zaquiel discreto, haz como te acomode, con tal que yo me encuentre seguro y a mi gusto.

ZAQUIEL.- (A la par que se alza ligeramente el nivel de los voladores.) No pases cuidado, que vamos por un camino real.

(La luna va aumentando lenta y progresivamente de tamaño.)

TORRALBA.- ¡Oh, cómo se aleja el mar! Tan suave es nuestro paso, que no se siente que nosotros subimos, sino que él se baja y se hunde en la negrura de la noche. ¡Zaquiel, Zaquiel, qué ventura la de los espíritus celestes, que podéis así volar y señorear el espacio! Pero, dime, ¿no oyes el bramido del viento? ¡Jesús! ¿Qué es esto, Zaquiel?

ZAQUIEL.- Estamos llegando a la región de los vientos, donde se fraguan las lluvias y granizos, y eso que se oye es el silbido y estruendo que producen, pero a nosotros nada nos harán, que somos espíritus.

(Una gran nube negra oculta la luna.)

TORRALBA.- ¿Cómo que somos espíritus? ¡Tú, sí, Zaquiel, pero yo no! ¡Acuérdate!

ZAQUIEL.- (Gritando, para ser oído entre el fragor del viento.) ¡Tú disfrutas ahora de las mismas propiedades que yo! ¡Sosiégate!

TORRALBA.- (Gritando, también.) ¡Cómo puede ser eso! ¡Yo soy de barro mortal!

ZAQUIEL.- Estamos ahora en el centro mismo de los vientos y en lo más fuerte de sus estados, y ya ves que no sientes nada sino el ruido.

TORRALBA.- ¿De veras, de veras, es eso que dices? ¡Oh, Dios, Dios mío, no me va a creer nadie!

ZAQUIEL.- Ya vamos a salir de la región de los vientos, y entraremos en la del fuego.

TORRALBA.- ¡Qué es lo que dices, pecador de mí!

ZAQUIEL.- No tengas miedo, acuérdate en que fío tu seguridad.

TORRALBA.- Que Dios me valga.

ZAQUIEL.- Mira esos rojizos resplandores que vienen a nuestro encuentro. Somos nosotros quienes a ellos nos acercamos, ya entramos en el espacioso reino en el que Dios tiene el arsenal de sus rayos.

TORRALBA.- ¿Y es seguro que yo puedo estar aquí, Zaquiel? Mira que soy un pobre pecador...

(Ambos flotan, montados en su báculo, en medio de una formidable iluminación roja. Se oyen retumbar los truenos.)

ZAQUIEL.- Una vez más te lo digo, no tengas miedo, fíate de mí.

TORRALBA.- Acuérdate de las alas de Icaro, derretidas y quemadas por estos parajes. ¿No arderá el leño en que vamos?

ZAQUIEL.- Uomo senza fede! ¡Qué nos importa Icaro y toda la gentilidad! ¡Con quién crees que vas!

TORRALBA.- Ay, Zaquiel, no te enojes conmigo y considera mi estado y condición.

ZAQUIEL.- Considero lo incrédulo y desconfiado que has sido y eres conmigo, que hasta piensas a veces que soy un accidente de tu imaginación. Tú eres quien ha de considerar si un accidente de tu imaginación puede ofrecerte una tal experiencia como ésta.

TORRALBA.- Digo que soy el más sandio hombre del mundo, y que de aquí adelante en todo me fío y me confío a tu superior naturaleza. Ea, buen Zaquiel, no me guardes rencor y échense pelillos a la mar, que yo prometo que tu Torralba ha de guardarte tal fidelidad, que no habrá Porcias ni Lucrecias que le igualen.

ZAQUIEL.- Socarrón está el niño. ¿Ya no tenemos miedo de que el leño se queme?

TORRALBA.- Más valor tengo yo en este pecho que los rayados tigres de las selvas de Ocaña, que no es para menos la confianza y gusto de ir con mi gran Zaquiel, que con él no hay peligros, dificultades ni amenazas que valgan medio cuarto.

ZAQUIEL.- Astuto adulatore, scaltro! El pícaro doctor no tiene miedo, porque ya echa de ver que hemos dejado atrás la encendida región de las llamas, y se siente en cobro y a salvo de hacerse chicharrones.

(En efecto, la luz roja ha ido decreciendo hasta desvanecerse. Ahora, el disco de la luna es gigantesco, sobre él se siluetean los cabalgantes del báculo, y una luz lechosa inunda todo el espacio.)

TORRALBA.- ¡Ah, Zaquiel, qué hermosura!

ZAQUIEL.- El blanco mar de la luna, donde reposa el corazón.

TORRALBA.- Pienso que ya estamos en la esfera de este astro, ¿no es así?

ZAQUIEL.- Así es, hermano, y si continuásemos ascendiendo, presto llegaríamos a la siguiente esfera, que es la de Mercurio.

TORRALBA.- Y más arriba, iríamos hallando las de los astros sucesivos, Venus, el Sol, Marte, Júpiter y Saturno, que es el último, todos ellos girando armoniosamente en torno de la Tierra.

ZAQUIEL.- Veo que no has olvidado tus estudios de la juventud.

TORRALBA.- ¡Oh, Zaquiel, y cómo los podría olvidar! ¡Supieras tú con qué curiosidad y gusto estudié esto de las estrellas en la biblioteca de mi amo, el cardenal de Volterra! Allí estaba el «Almagesto» de Claudio Ptolomeo, en un ejemplar de la edición latina que en Venecia hizo Jorge de Trebizonda, y yo lo devoré allí sentado, a par de la vidriera. ¡Qué dulces y descansadas horas pasé yo en aquella biblioteca!

ZAQUIEL.- Algo de melancolía te está dando el influjo de la luna, que es un astro de paz y de muerte. No pienses en el tiempo que se fue, sino en la maravilla que ahora tienes en tus manos, en la gloria de estos cuerpos celestes que circundan sin descanso a la Tierra, rindiéndole pleitesía como a centro del Universo y lugar donde Dios puso al hombre y se hizo hombre Él mismo. Si escuchas con cuidado, sentirás como una callada música que resuena en el fondo del silencio, una música que ningún hombre ha oído sino tú, ¿le percibes?

(Silencio. Se oye una especie de oscuro acorde, grave y remoto.)

TORRALBA.- (En voz baja.) Sí... creo que sí... ¿Qué es, Zaquiel? ¿Es la música de la corte de Dios?

ZAQUIEL.- Es la armonía de las esferas, la primera música de la Creación.

TORRALBA.- ¡Oh, Zaquiel, Zaquiel! ¡Qué beatitud y qué dicha que siento en toda el alma! ¡Quisiera que este viaje no terminase nunca! Antes me llamaste hermano y tal me siento, y tan unido a ti como si fuésemos una sola persona y sustancia.

ZAQUIEL.- La cercanía del Cielo te hace sentir así, ese es el sentimiento allí común, sólo que en grado mucho más eminente y noble.

TORRALBA.- Que allí me lleve Dios. Pero, dime, ¿en verdad somos ahora dos seres distintos? ¿No somos más bien uno solo, del que tú eres el alma y yo soy el cuerpo?

ZAQUIEL.- O tal como el compuesto del azufre y del mercurio, que estudiabas con fray Pedro. Lo más del viaje ya está hecho, y no queda sino descender sobre Roma.

TORRALBA.- ¿No llegaremos a otros círculos más allá del de la luna?

ZAQUIEL.- No, no es menester. Ya digo que no falta sino bajar.

TORRALBA.- Un suspiro, ha durado la experiencia.

(Comienza a decrecer rápidamente el tamaño de la luna.)

ZAQUIEL.- Cerca de media hora. ¿Te ha parecido poco?

TORRALBA.- Poquísimo, así me salve Dios.

(El tamaño de la luna sigue disminuyendo. Oscuro.)

(Tenebrosa rinconada en una calleja de Roma. La luz de la luna reparte las claridades y las sombras, separando las unas de las otras mediante un cambio brusco, sin graduaciones ni matices intermedios. Al lado del lóbrego rincón, blanquean las pulidas piedras de una bella fachada con puerta de medio punto encuadrada por un alfiz y un escudo sobre el dintel. Por encima, una abertura cuadrada con celosía, y al nivel de la calle, una gran reja de forja protege una ventana vecina de la puerta. Esta tiene ambas hojas abiertas y, del oscuro interior, salen ruidos mezclados y varios que denotan alboroto en la profundidad de las entrañas de la casa: estrépito de muebles que caen, gritos de mujer, alguna interjección alemana o española, todo ello confuso y lejano. Al lado de la puerta, sentado en el suelo y con la espalda apoyada en el muro, semidormita el barbado lansquenete HANS SCHUFTERLE**, empapado en vino hasta los ojos, con la gran alabarda apoyada de través sobre sus piernas y un rico cáliz adornado de pedrería en su desmayada diestra, mientras con la otra mano abraza y acoge en su seno una jarra de plata que, por su tamaño y hechura, sin duda es de aguamanil. El restante producto de su pillaje se halla disperso en el suelo, cerca de él. Amodorrado y torpe, escancia de la jarra en el cáliz, jadea y suspira, y bebe un trago.)**

HANS SCHUFTERLE.- (En voz baja y con lengua estropajosa.) Wein! Lieblich wein!... **(Apura la copa, se desmadeja, y cierra los ojos. Exhala un leve ronquido.)**

(En las tinieblas del rincón, se oyen las pisadas y las voces de ZAQUIEL **y** TORRALBA**, que pronto se hacen visibles.)**

ZAQUIEL.- Viaggio finito. Dove pensi di essere, adesso?

TORRALBA.- (Sale a la luz.) Deja que mire... **(Inspecciona las fachadas.)** Sí, Zaquiel, esto es Roma, estamos muy cerca de la Torre de Nona. **(Repara, con sobresalto, en el dormido lansquenete.)** ¡Jesús!

ZAQUIEL.- (Se aproxima a TORRALBA**, utilizando a modo de báculo de peregrino el palo que cabalgaron durante el viaje. Se echa hacia la espalda los sobrados pliegues de un cabo de su enorme manto, y el otro lo pone sobre su compañero, sujetándolo con la mano sobre sus hombros.)** Es un perro luterano. No te cuides de él, no puede vernos ni oírnos.

TORRALBA.- Con tal que no despierte.

ZAQUIEL.- Ni dormido ni despierto puede vernos, ni ése ni otro alguno.

TORRALBA.- No permita Dios que te equivoques. ¿Qué hora será?

ZAQUIEL.- Las cinco van a dar.

(Se oyen las campanadas de un reloj.)

TORRALBA.- Ese es el reloj de Santángelo, me acuerdo muy bien. No más de media hora hemos tardado.

ZAQUIEL.- No es menester que hables bajo, nadie ha de oírte. Ahora verán tus ojos lo que no creyeron tus orejas.

TORRALBA.- Zaquiel, yo nada veo si no es este borracho, así me salve Dios.

ZAQUIEL.- Lo verás muy presto, ¿no oyes alboroto en este convento? Como es de noche hay menos soldados en la ciudad, porque a la puesta del sol, los tambores recorrieron las calles tocando a retreta que la tropa se recogiese en su campamento hasta el día de mañana, pero la obediencia no ha sido mucha. Ha muerto el general y anda el mando dividido, y así los más osados y ladrones, amén de los borrachos, se han quedado aquí esta noche y están más a sus anchas que de día, cuando son más a repartir.

TORRALBA.- ¿Ha muerto el Condestable de Borbón?

ZAQUIEL.- De un arcabuzazo, al subir la muralla. Ahora mandan el bergamasco Fernando de Gonzaga y el renegado francés Filiberto de Chalons, y por haber dos jefes no hay ninguno.

TORRALBA.- ¿Y Frundsberg, el jefe de los lansquenetes?

ZAQUIEL.- No está aquí. Enfermó cuando sus hombres se amotinaron y le pegaron, hará un mes. Ahora va de camino, hacia su castillo de Mindelheim. Aquí no hay más que soldadesca, pero abre los ojos y mira, que no soy yo quien te lo ha de contar, sino tú quien lo has de ver. Ahí llegan unas desgraciadas damas de la nobleza romana, que intentan escapar de unos españoles que las habían cogido.

(Se apartan ambos ligeramente, mientras una joven matrona y una adolescente, despeinadas y con los ricos vestidos totalmente destrozados, corren jadeantes y se detienen de improviso al ver al lansquenete. Miran angustiadas hacia atrás, de donde llegan las voces de sus perseguidores, y procuran sortear el obstáculo, pasando sin ruido.)

MADONNA CORNELIA.- Taci, silenzio! Passiamo adagio... Vieni con me, andiamo...

UNA VOZ.- ¡Voto a Dios, que en cogiéndolas, lo paguen!

OTRA.- ¡Con una mano de palos, no escaparán de nuevo!

SIGNORINA CAMILLA.- Ay, mamma!

MADONNA CORNELIA.- Taci, taci, disgraziata, taci!

ZAQUIEL.- De la familia Colonna y mira como se ven, con todo y ser partidarios del emperador. Son Cornelia Colonna y su hija Camilla.

HANS SCHUFTERLE.- Eines schön mädchen! Zwei! **(Sin levantarse, alarga la pica, cerrándolas el paso.)** ¡Willkommen!

(Las mujeres, que intentaban pasar de puntillas, se detienen aterradas, mientras aparecen tras ellas sus tres perseguidores, los soldados ESCALONA**,** AVENDAÑO **y** FARIAS**, cargados con sacos o alforjas llenos, que producen metálicos tintines al moverse sus portadores.)**

ESCALONA.- Ahí están esas putas.

AVENDAÑO.- Miren el tudesco, qué gentil.

FARIAS.- Pensará el borracho que son para él.

MADONNA CORNELIA.- Pietá! Señores, duélanse, déjennos ir. Nuestra casa es amiga de los españoles...

ESCALONA.- (Doblándola de una bofetada.) ¡Puta!

SIGNORINA CAMILLA.- Miserabile codardo!

AVENDAÑO.- (Golpeando a CAMILLA **con ambas manos.)** Piccola puttana! Chi è codardo? ¿Eh? ¡Toma! ¡Toma, bribona, hija de puta, toma!

(Ambos golpean a las mujeres con manos y pies, mientras FARIAS **parece atraído por la abierta portada, a la que dedica su curiosidad.)**

FARIAS.- En rompiéndoles un hueso, veréis que no volverán a escapar. **(Sigue oteando la puerta y observando al lansquenete.)**

ESCALONA.- ¡Os hemos de degollar como a marranos, galloferas!

MADONNA CORNELIA.- ¡Señores, no nos maten, y miren a su interés! ¡Nuestra familia es rica, y pagará rescate!

ESCALONA.- ¿Familia rica? Putas cortesanas, es lo que sois.

MADONNA CORNELIA.- Somos de la casa Colonna, y les harán ricos si nos devuelven sin daño a mi hija y a mí.

(Vacilan los soldados suspendiendo el vapuleo, y se miran entre sí, mientras en el suelo llora la jovencita y su madre la abraza con la mirada puesta en sus captores.)

HANS SCHUFTERLE.- Hure frau, hure!

AVENDAÑO.- ¿Será verdad, Escalona, que hemos encontrado la fortuna? Mira que parecen damas...

ESCALONA.- Yo no me fío, ya he oído hablar de las putas de Roma que parecen señoras, pero son putas...

FARIAS.- Por sí o por no, y por si fuera cierto, guárdenlas voacedes, pues que las encontraron y son suyas, que yo me holgaré que de este lance salgan ricos y honrados según su mérito.

ESCALONA.- (A la madre.) ¿No estarás mintiendo, bribona? Mira que como mientas, he de hacer un tambor con tu pellejo y el de tu hija. ¿Cuánto rescate podréis pagar, di?

MADONNA CORNELIA.- Más de cuanto puedan pillar en un mes de saqueo, señor. Si son hidalgos y bien nacidos como parecen, duélanse de nosotras y trátennos bien, que no se arrepentirán.

ESCALONA.- Hermano Avendaño, un cordel que no vuelvan a escapar, y al real con ellas. **(Atándoles las manos a la espalda, con cordeles que él y su compañero se han sacado del cinto.)** Y por el trato no pasen cuidado, que han de estar como reinas: en calentándonos la cama por la noche y guisándonos de comer por el día, con la consiguiente limpieza de ropa y calzado, estaremos servidos en tanto que nos llegue el rescate, y donde no... **(Le descarga un pescozón.)** vais a llorar el día que nacisteis. Vamos.

AVENDAÑO.- ¿No viene con nosotros el buen Farias?

FARIAS.- Voacedes ya toparon su fortuna, y yo he de buscar aún la mía. Vayan con Dios, y que el suceso resulte como promete.

ESCALONA.- (Mientras caminan.) Amén, y obligados quedamos por su ayuda en ir tras las presas. Y vosotras, ya sabéis, que resulte como habéis prometido, que os va la vida.

(Salen ESCALONA **y** AVENDAÑO **con sus dos cautivas, y** FARIAS **se acerca a la puerta junto a la que el borracho lansquenete, en el suelo, escancia nuevamente en el cáliz.** TORRALBA **y** ZAQUIEL **siguen como mudos observadores.)**

FARIAS.- ¿Me entiende el señor tudesco? ¿Hay fiesta en la casa, o qué es lo que hay?

HANS SCHUFTERLE.- Nichts!

(Prueba a levantarse, pero apenas se puede mover. Renuncia. FARIAS **le observa.)**

FARIAS.- Si me da licencia, entraré por echar una mirada. **(Se aproxima al dintel, sin perder la cara al alemán.)**

HANS SCHUFTERLE.- (Cruzando la alabarda ante la puerta.) Nein!

FARIAS.- (Retrocede, despacio.) Así que su merced ha quedado guardando la puerta... **(Lentas cabezadas afirmativas del lansquenete.)** que sólo sus amigos puedan pillar la casa... ¿Es así?

HANS SCHUFTERLE.- Ja!

FARIAS.- He oído a españoles ahí dentro. Déjeme pasar, señor tudesco.

HANS SCHUFTERLE.- (Denegando despacio con la cabeza.) Nein, nein...

FARIAS.- (Desenvaina, lentamente.) Paso, amigo.

(El alemán intenta en vano levantarse, bajo la mirada burlona de su oponente. Desiste.)

HANS SCHUFTERLE.- (Balbucea, en castellano.) Pasa. No matar. Pasa.

FARIAS.- Piensa en Dios, tudesco, que ha llegado tu hora.

(El lansquenete, envuelto en el alcohol, no se inmuta. Levanta la copa, intentando sonreír.)

HANS SCHUFTERLE.- Willkomm, Tod! **(Bebe.)**

(Mientras está bebiendo, FARIAS **le coloca la punta del acero en medio del pecho y, apoyándose en la empuñadura con ambas manos, descarga su peso, atravesando al bebedor contra el muro. Se desmadeja el brazo con el cáliz, y la cabeza del alemán se bambolea sobre el pecho dejando escapar de la boca el vino mezclado con sangre. El matador se endereza, y apoya un pie sobre el pecho del difunto para extraer la sangrienta hoja. Después se inclina, recoge de la mano del cadáver el enjoyado cáliz, lo observa un momento, y lo introduce en su alforja. Tras un rápido vistazo al resto del botín que hay en el suelo, renuncia a tomar nada y se introduce en la casa, cruzando la puerta con paso rápido.)**

ZAQUIEL.- Ya empiezas a ver algo de lo que hay en Roma.

TORRALBA.- Nunca lo hubiera creído, Zaquiel. Has hecho bien en traerme, aunque el corazón se me parte.

ZAQUIEL.- Tendrás ocasión de dolerte más, que aún has de ver cosas peores.

TORRALBA.- ¿Has visto que ese soldado ha hurtado el cáliz, sin hacer caso de las otras riquezas que hay en el suelo?

ZAQUIEL.- Hoy es el primer día de saqueo, y sólo toman el oro, que pesa menos y vale más. La plata y los brocados se tienen en poco todavía, aunque acabarán también por pillarlos. Así se esparcen en las calles ropas, tapices y vajillas, sin darles estimación.

TORRALBA.- (Que está examinando el botín esparcido en torno del difunto.) Aquí hay mucha plata, y alguna muy bien labrada. Mira esta fuente **(La toma.)**, qué delicadeza de labor, que puede pasar por obra de Cellini, supuesto que no lo sea. Ganas me vienen de guardarla como recuerdo de esta jornada. Al fin, está tirada y la llevarán estos ladrones.

ZAQUIEL.- No, no hagas eso. Que sean los ladrones quienes hurten, no hagas tú lo mismo.

TORRALBA.- (Dejando en el suelo la fuente.) Lástima, la van a machacar para que ocupe menos, que sólo el metal les importa. ¡Oh, Zaquiel, Zaquiel, y ésta es mi Roma! Aquí se cifraron para mí la autoridad, la sabiduría y la belleza, aquella vida de libertad y de estudio que tanto amé. Mi insaciable curiosidad por las ciencias y las artes, ella me la satisfizo sin tasa ni reparo, que no parecía sino que me amamantaba de sus ubres generosas la materna loba capitolina. ¡Ay, quién había de pensar que esta manada de perros se había de echar sobre ella para hacerla pedazos con sus ávidos dientes! ¡Ay, Zaquiel, qué angustia siento aquí dentro, como si a mi propia madre me la estuviesen matando delante de mis ojos!

ZAQUIEL.- (Echando de nuevo su manto sobre los hombros de Torralba.) Paso, amigo mío, no agotes tus lamentos, guarda las lágrimas para lo que aún te queda por ver. Ya salen los que entraron a este convento de religiosas, mira el remate de su hazaña.

(Se abren las ferradas hojas de la ventana que hay encima de la puerta, y se ve a un grupo de soldados que, entre risas, amarran el cabo de una cuerda a uno de los batientes, mientras hacen salir y arrojan por el hueco a un despavorido y ensangrentado fraile con el hábito en girones, cuyo cuello está enlazado por el otro extremo de la cuerda. Queda el religioso ahorcado y bamboleante, ante el vano de la puerta.)

UN SOLDADO.- ¡Allá va el capellán de las monjitas, abajo con él!

OTRO.- ¡Abajo con el fraile fornicador!

OTRO.- Hängen den mönch!

OTRO.- ¡Abajo, perro! ¡Miren cómo baila!

OTRO.- ¡Suelta ahí la leche, que nazcan mandrágoras de fraile en la puerta del convento!

OTRO.- ¡Paga tus pecados, enemigo de Dios!

OTRO.- ¿Has llegado ya al Infierno? ¡Besa de mi parte las manos a Satanás!

OTRO.- ¡Señores, ya está muerto este hereje ladrón! ¡Cúmplase ahora la sentencia de su amiga la priora!

OTRO.- ¡Al fuego, al fuego con la monja hechicera!

(Se retiran de la ventana, con risas y algazara, mientras el ahorcado se balancea.)

TORRALBA.- ¿Has oído, Zaquiel, que le han llamado hereje ladrón?

ZAQUIEL.- Sin duda, habrá ocultado algunas joyas del convento o tal vez monjas jóvenes, para salvarlas del pillaje, y las han encontrado tras darles tortura a él y a la priora. Ya salen con ella, mira cómo la han parado.

(Sale en tropel por la puerta del convento el grupo de soldados que había en su interior, y FARIAS **entre ellos, como uno más, sin que nadie haga caso alguno del lansquenete muerto, ni parezca reparar en él. Algunos cargan al hombro monjas jóvenes con los hábitos destrozados, y los demás arrastran a la priora, semidesnuda y tan empapada en sangre toda ella, que es imposible discernir si es vieja o joven, pues apenas representa figura humana. Desdentada por los golpes y con los ojos arrancados, cortadas las orejas, lengua y nariz y cercenados los pechos, no da señal de estar viva, por lo que puede utilizarse un maniquí debidamente preparado. Colocan los soldados a su víctima de espaldas a la reja de la ventana, le atan a ella las muñecas, con los brazos en cruz, y arrojan a sus pies ornamentos litúrgicos que van sacando del convento, a los que prenden fuego con una tea. A lo largo de la acción, se han ido produciendo las correspondientes intervenciones verbales.)**

TORRALBA.- ¡Oh, Dios, Dios mío!

UN SOLDADO.- ¡A quemar, a quemar la mala monja!

OTRO.- ¡A quemarla en la calle, para ejemplo y escarmiento!

FARIAS.- Pero, ¿está viva, o está muerta, la puta bruja?

OTRO.- Está viva, está viva.

OTRO.- Se le siente un ronquido por dentro del pecho.

OTRO.- A estas hechiceras, Belcebú les da más vidas que las que tiene un gato.

OTRO.- El fuego se las quita todas juntas.

OTRO.- Böse hexe!

OTRO.- Ya está bien amarrada, ¡mirad si no parece el Anticristo!

OTRO.- ¡Manteles y ropas ahí, todo lo que arda presto!

FARIAS.- (Que había entrado, saliendo con un brazado de ropa blanca.) ¡Sábanas del pecado, a quemar con la pecadora!

OTRO.- (Uniendo al montón de telas un crucifijo.) Heidnisch bild!

OTRO.- (Aplicando la tea y encendiendo la fogata.) ¡Fuego, fuego de Dios! ¡Fuego a la puerca!

OTRO.- ¡A tostarse, hija de Satanás! ¿No le pusiste los cuernos a Cristo con el diablo? ¡Dios te castiga, bruja!

OTRO.- ¡Ya sube, ya sube la llama! ¡Ya la está lamiendo y presto se la comerá!

(Crece la lumbre de la fogata y cambia la iluminación de la escena, desplazando a la fría y estática luz de la luna y sustituyéndola con sus cálidos y cambiantes tonos. Se mueve un tanto la cabeza de la quemada y parece exhalar un débil y agudo grito, que es sofocado por un clamor de carcajadas y burlas. Menudean los ejecutores sus viajes al convento, trayendo material combustible que añaden a la hoguera.)

UN SOLDADO.- ¡Chilla, chilla como una rata!

OTRO.- ¡Como una perra! ¡Muere, perra, muere chillando!

(Bailotea, ante la hoguera. Otros le imitan.)

OTRO.- (Trayendo una brazada de ropas.) ¡Manteles, telas y camisas! ¡Que no se acabe la leña! **(Las arroja al fuego.)**

OTRO.- (Que viene tras él, con gran cantidad de velas.) ¡Cera, cera para el funeral! ¡A quemar cera! **(Las echa a la lumbre.)** ¡Más velas que un cardenal, bribona, no te quejarás!

OTRO.- (Destapa un copón de plata y vacía su contenido en las llamas.) ¡Miren, hidalgos! ¡Hostias de Nuestro Señor! ¡Hostias que ardan con la rata, que le enderecen el alma! ¡Que vaya todo junto a las manos del maestro Satanás!

(Las llamas, muy altas, tapan prácticamente a su víctima, cuya silueta se aprecia confusamente. Sobre el clamor de los verdugos, se deja oír un nuevo ruido que se aproxima: una campanilla, que suena a cortos intervalos, redobles solemnes de tambor, cantos latinos.)

UN SOLDADO.- Voto a Dios, ¿qué es lo que oigo? ¡Una procesión de cuervos del Papa!

OTRO.- Pensarán que estamos todos en el real, y se atreven a salir a la calle.

OTRO.- Pfarrers und mönchs!

VOCES.- (Que cantan fuera, aproximándose.) Liberame me, Domine, de morte aeterna, in die illa tremenda, quando caeli movendi sunt et terra. Dum véneris judicare saeculum per ignem.

SOLDADO.- ¡Por vida del emperador, ya es mucha insolencia!

OTRO.- (Desenvainando.) Habrá que escarmentar a esos curas atrevidos.

VOCES.- (Se han seguido oyendo, entre tanto.) Tremens factus sum ego et timeo, dum discussio vénerit atque ventura ira. Quando caeli movendi sunt et terra.

(La procesión entra en escena. Va delante un lansquenete arbitrariamente vestido con ornamentos litúrgicos, que hace sonar la campanilla; le sigue otro que porta una gran cruz, en la que está crucificado un esqueleto exhumado de una tumba saqueada, que aún conserva parte de la piel y los tendones evitando que se desbarate, con una mitra colocada sobre la calavera; a cada lado de éste, en la actitud de los acólitos portadores de ciriales, van sendos lansquenetes llevando en ambas manos enhiesta la alabarda, en cuya punta hay una cabeza ensartada. Siguen dos tambores redoblando al unísono con lento ritmo procesional, y a continuación los que llevan sobre sus hombros un féretro descubierto sobre el que, semitumbado y trastornado por el terror, va un anciano cardenal revestido de púrpura con las piernas atadas y mirando en su torno con ojos desorbitados y expresión de loco. Varios eclesiásticos, dos como mínimo, con sucios y destrozados hábitos, caminan tras el féretro, cantando el responso. Soldados alemanes y españoles en número no excesivo, y en ningún caso más de diez, alumbran con hachones y componen la comitiva, bebiendo, riendo, o intercalando alguna frase. Al comprobar la naturaleza del cortejo, los saqueadores del convento celebran con júbilo la ocurrencia de sus compañeros.)

ECLESIÁSTICOS.- (La mitad, pudiendo ser dos en total y sin que en ningún caso excedan de seis. Cantando.) Dies irae, dies illa, calamitatis et miseriae, dies magna et amara valde. Dum véneris judicare saeculum per ignem.

UN SOLDADO.- ¡Voto a Cristo, pero si son tudescos!

ECLESIÁSTICOS.- (La otra mitad, cantando igualmente.) Requiem aeternam dona et Domine. Et lux perpetua luceat el.

(Los cánticos de los eclesiásticos prosiguen sin interrupción, sobre las frases y diálogos siguientes.)

OTRO SOLDADO.- Bruders, Kamerads!

TORRALBA.- (A media voz.) ¡Zaquiel, qué es esto!

ZAQUIEL.- Están haciendo un funeral en vida del cardenal de Araceli. ¿Te acuerdas del cardenal Riario?

TORRALBA.- Lo conocí de muchacho, recién llegado de Cuenca, y me trató muy bien.

ZAQUIEL.- Su esqueleto es el que llevan amarrado en esa cruz, han abierto los sepulcros para robar.

TORRALBA.- ¡Monseñor Riario, Dios de misericordia!

ZAQUIEL.- El anillo que lleva el de la campanilla, es del cadáver de Julio II. Los que ofician son canónigos lateranenses, amenazados con la muerte si no lo hacen. Temo que, en todas maneras, los han de matar al final de la burla como han hecho con sus hermanos, que dos de sus cabezas son las que van puestas en las picas de delante.

ECLESIÁSTICOS.- (La primera mitad, cantando sin interrupción durante el anterior diálogo.) Libera me, Domine, de morte aeterna, in die illa tremenda, quando caeli movendi sut et terra. Dum veneris judicare saeculum per ignem. Kyrie eleison, Christe eleison, Kyrie eleison. Pater noster... **(Silencio.)**

UN SOLDADO DEL SÉQUITO.- Singen, hund! Singen! **(Golpea a algún eclesiástico.)**

FARIAS.- ¡Por Dios, que es de mérito la invención! ¡Voy con ellos, por ver en qué para!

OTRO SOLDADO.- También yo, que aquí nada queda ya que hagamos.

ECLESIÁSTICOS.- (Cantan.) Et ne nos inducas in tentationem. Sed liberanos a malo. A porta inferi. Erue, Domine, animan ejus.

OTRO SOLDADO.- Vamos todos, vamos a enterrar ese perro.

ECLESIÁSTICOS.- (Alternativamente.) Requiescat in pace. Amen.

(El séquito comienza a salir. Junto a la reja, las llamas son más pequeñas y el carbonizado cadáver de la priora es ya un oscuro garabato mal iluminado. Los depredadores del convento, atraídos por la novedad, imitan a FARIAS **y se disponen a seguir a la comitiva, cargando sus sacos y alforjas y echándose al hombro a las monjas robadas.)**

UNO DE ELLOS.- ¡Vamos allá, viva el emperador!

OTRO.- ¡Muera el papa Clemente! ¡Vamos!

(Se incorporan al séquito, que está saliendo de escena. Se sigue oyendo el cántico del responso.)

ECLESIÁSTICOS.- (Cantando.) Domine, exaudi orationem meam. Et clamor meus ad te veniat.

UN SOLDADO.- (A otro, que se demora recogiendo alguno de los objetos del suelo.) ¿No vienes tú? ¿Qué buscas?

EL OTRO.- Warten. **(Coge el gran jarro de plata del que escanciaba el lansquenete muerto, comprobando que no está vacío.)**

EL ANTERIOR.- Eso es plata, no vale nada. Vamos.

EL OTRO.- (Bebe en el jarro derramándose el vino por el pecho, hasta apurarlo.) Gut! Aaaj! **(Tira el jarro.)** Herein!

(Salen los dos. Quedan solos en escena TORRALBA **y** ZAQUIEL**, en silencio. Se sigue oyendo el canto latino.)**

VOZ DE LOS ECLESIÁSTICOS.- (Se ha estado oyendo con anterioridad, alejándose.) Absolve, quaesumus, Domine, animam famuli tui Alessandro ab omni vinculo delictorum ut in resurrectionis gloria, inter Sanctos et electos tuos resuscitatus, respiret. Per Christum Dominum nostrum, amen. Requiem aeternam dona ei Domine. Et lux perpetua luceat ei. **(Ya muy lejana.)** Requiescat in pace. Amen.

(Silencio. La lumbre ante la reja se está extinguiendo, ya no alumbra apenas, y la luna vuelve a dominar con su luz blanca los tonos de la calle.)

ZAQUIEL.- En Valladolid me mostraste luminarias y carnavaladas en testimonio de mi yerro, y yo ahora te las muestro en Roma, en testimonio del tuyo.

TORRALBA.- Oh, Zaquiel, ese funeral horrendo era como el propio funeral de Roma.

ZAQUIEL.- Consuélate y mira que ese responso no se hacía por un difunto, sino que al cardenal de Araceli llevaban vivo, como viva está Roma y viva seguirá.

TORRALBA.- La de mi corazón está abrasada y hecha cenizas, y yo estoy muerto con ella. La misma luna es esta noche una calavera que recorre los cielos.

ZAQUIEL.- Aún no has visto cuanto quiero mostrarte. Ven, caminemos hasta la Torre de San Ginia, que tengas más cumplida noticia de estos excesos.

TORRALBA.- ¿Qué he de ver que no haya visto?

ZAQUIEL.- Verás que al obispo de Copis no le vale ser tudesco y varios grupos de soldados se lo juegan a los dados por ver quién lo degüella, y verás los preparativos de los lansquenetes para proclamar mañana la deposición de Clemente VII y la elevación al pontificado de Martín Lutero, y otras muchas cosas que han de darte admiración y espanto.

TORRALBA.- ¿Aún más? Y si tú ya me lo dices, ¿no podría excusar el verlo con mis ojos?

ZAQUIEL.- (Llevándole consigo.) Vieni con me. Yo prometo que en media hora, iremos de vuelta, camino de Valladolid.

(Salen los dos. Las llamas de la reja, ya diminutas, se apagan. Oscuro.)

(La cárdena luz de la amanecida comienza a penetrar en el aposento de TORRALBA**, haciendo palidecer la ya vacilante llama del candil.** DON DIEGO DE ZÚÑIGA **ha despertado, y muestra tener un dolor de cabeza más que regular: se oprime la nuca con ambas manos, y se levanta tambaleándose y gimiendo a media voz. Toma la jarra del aguamanil, se inclina y se la vacía por detrás de la cabeza, haciendo caer el agua en la jofaina. Se abre la entornada puerta y entra** TORRALBA**, pálido y ojeroso.)**

TORRALBA.- Pero, don Diego, qué hace aquí tan temprano, que aún está queriendo amanecer.

ZÚÑIGA.- ¡Oh, cuerpo de Cristo! ¿Y cómo tan tarde, señor mío? ¿Puteando con las máscaras hasta tal hora?

TORRALBA.- ¿Máscaras, dice? ¡Buenas máscaras he tenido, así me salve Dios! ¡Carnaval de sangre! ¡Tendría que ver su merced como está Roma!

ZÚÑIGA.- ¿Roma? ¿Qué Roma ni qué diablos? ¡Ay, mi cabeza!

TORRALBA.- ¡Roma está siendo saqueada, don Diego! Nuestro ejército de Milán ha entrado a saco en ella cual banda de forajidos. Todos los crímenes, todas las blasfemias y sacrilegios que Satanás pueda desear, se están allí cometiendo en cada esquina y en cada iglesia.

ZÚÑIGA.- ¿Está borracho, doctor? ¿Ha tragado mosto a caño suelto?

TORRALBA.- No he probado una gota, don Diego. Ni catarlo. ¡Oh, Dios, Dios, el espanto traigo en los huesos! No ha de pasar este día sin que yo hable con Su Majestad y enterarle de todo.

ZÚÑIGA.- ¿Enterar al emperador? ¿De qué, de esa sandez de Roma?

TORRALBA.- Ojalá fuese sandez, pero es cierto y bien cierto.

ZÚÑIGA.- El diablo rabudo os lo ha dicho. Vuestro demonio Zaquiel, de cuernos retorcidos.

TORRALBA.- Más que decírmelo, don Diego. Me lo ha mostrado y hecho ver con estos ojos.

ZÚÑIGA.- ¿Cómo ha sido, don Eugenio, cómo lo ha visto? ¿En la piedra de un anillo, en el agua, o cómo?

TORRALBA.- En las mismas calles de Roma. Allí he estado esta noche, igual que estoy aquí ahora.

ZÚÑIGA.- En sueños estaría, grandísimo borracho.

TORRALBA.- ¿En sueños, dice? ¡Zaquiel me llevó, volando como un cuervo!

ZÚÑIGA.- ¡Voto a Dios!

TORRALBA.- En media hora, don Diego de mi alma. En media hora justa fuimos allá desde Valladolid, otra mal contada que estuvimos en aquellas calles viendo espantos, y otra media que empleamos en la vuelta, hacen no más de dos horas para todo el negocio. ¡Pero qué dos horas, señor de Zúñiga! Bien puedo decir que en estas dos horas he vivido más de cuanto he vivido antes y puedo vivir después. ¡Nunca, nunca soñé que Dios me reservara la experiencia de un tal viaje como éste!

ZÚÑIGA.- ¡Oh, por los huesos de mi difunto padre! ¡Oh, señor Torralba, señor Torralba, que me degüellen, si no sois el más grande y eminente hechicero de cuantos han vivido en las edades del mundo! ¡Mal año para Merlín Ambrosio, que lo emplumen! ¡Ay, don Eugenio, déme, déme esos brazos! ¡Ni buscando con faroles, encontrará jamás un tal amigo como yo! ¡Oh, y cómo le quiero, doctor, qué amor de hermano, que me anega el corazón! ¡No vuelva a decir que está solo en el mundo y sin familia! ¡No diga eso, que en teniéndome a mí, más familia tiene y mejor que si tuviera diez hijos y diez padres!

TORRALBA.- Cierto, cierto es, y lo mismo le digo yo. Bien dicen los filósofos que no hay tesoro en el mundo como un amigo verdadero.

ZÚÑIGA.- No miente los tesoros, no los miente, que me hierve la sangre. ¿Hay más ruin condición de hombre, que viviendo en casa con tesoro oculto y pudiendo tomarlo en un dos por tres, se queda mano sobre mano y consiente en pasar trabajos y miserias, en lugar de gastar y triunfar con la riqueza que le corresponde y se merece?

TORRALBA.- ¿Y será posible, mi señor don Diego, que en un tal momento como éste piense su merced en tesoros? La ciudad de Dios y cabeza de la Cristiandad ahogada en humo y sangre y convertida en infierno, ¿y hemos ahora de pensar en los dineros?

ZÚÑIGA.- ¿Y a nosotros qué se nos da de Roma, mi amigo? Llórela, norabuena, el Santo Padre como que es su patrimonio, y miremos nosotros por el nuestro, que cada cual ha de mirar lo suyo.

TORRALBA.- De chanza está, sin duda, ¡Oh, y cómo se echa de ver que no ha visto lo que yo! Que si lo hubiera visto, bien cierto estoy que la pesadumbre y lástima le tendrían el ánimo a la par con el mío.

ZÚÑIGA.- Mire, mire no se haga el desentendido, doctor Torralba, que de sobra me entiende lo que quiero decir. No soy yo hombre chancero ni está el horno para bollos, conque vayamos por derecho y no nos hagamos los lerdos, que por Dios, por Dios, ya va siendo hora que se pongan las cartas boca arriba, que yo soy mucho hombre para que conmigo se juegue, y no digo más.

TORRALBA.- ¿Y quién juega, señor de Zúñiga, quién juega con su merced? No seré yo, por cierto. ¿O piensa que es jugar el no poder creer que se le da una higa del saco de Roma y la prisión del Santo Padre? Pues qué, ¿no es por ventura hombre tan piadoso y tan devoto, que ayuna los viernes por que no tropiece su mula?

ZÚÑIGA.- No saque a colación a mi mula, no desvíe la plática, no me queme la paciencia, ¡no se burle de mí, voto a Dios!

TORRALBA.- ¡Jesús, qué voces y qué semblante! ¿Ya no es mi amigo como decía?

ZÚÑIGA.- Y si no lo fuera, ¿me había de tomar el trabajo que me tomo por su salud y comodidad? Advierta que más importa y conviene ese tesoro a su merced que no a mí, que al fin, yo tengo alguna hacienda y su merced ninguna.

TORRALBA.- ¡Oh, por Jesucristo vivo, y qué cansada tema y manía tiene este hombre con el maldito tesoro! ¡Cuántas veces le habré dicho que no es posible hallarlo, que lo guardan dos espíritus encantados por moros! Mire que es menester otro espíritu más poderoso que ellos, que los eche de allí; y si no se tiene, no hay para qué cansarse.

ZÚÑIGA.- ¿Cómo que no se tiene? Bien a la mano está, que su demonio servidor que le lleva y trae a Roma volando como lechuza, sin duda es harto más poderoso que esos dos cuitados.

TORRALBA.- No es Zaquiel para un trabajo como ése, que requiere espíritus de otra naturaleza y linaje.

ZÚÑIGA.- ¿Ahora salimos con ésas? Unas veces, no se puede alcanzar el tesoro por culpa de los planetas, otras por ciertos espíritus de no sé qué linaje, ¡cada vez dice una cosa, embustero! ¡trapalón!

TORRALBA.- ¡Cuide la lengua y guárdese las injurias!

ZÚÑIGA.- ¡Cuídala tú, hijo de una puta y de un judío! ¡Me has estado mintiendo con toda tu boca, gran traidor! Entreteniéndome hasta hallar la ocasión de quedarte tú con todo, ¿no es verdad, brujo ladrón? ¡Y yo, con mi buena fe, fiándome de ti! ¡No sé cómo no te siento la mano!

TORRALBA.- Calle, calle, no diga más necedades.

ZÚÑIGA.- ¿Necedades? Hágame ver que son necedades, vamos allá, saque el tesoro sin más dilación.

TORRALBA.- No es posible, ya se lo he dicho. No siga cansándose en balde. Vámonos, don Diego, he de pedir audiencia a Su Majestad. No haga caso del tal tesoro, ni piense más en él.

ZÚÑIGA.- Pero, ¿qué dice?, ¿qué dices tú ahí, perro judío? ¿Piensas que esto se queda así, sólo porque tú lo digas? ¡Tú a mí no me conoces, gran bellaco, pero me vas a conocer! ¡Te juro que me vas a conocer, hechicero de Satanás! ¡A palos, te voy a enseñar a conocerme y respetarme!

TORRALBA.- ¡Estése quieto, vive Dios, que me ha colmado la paciencia!

ZÚÑIGA.- (Pegando a TORRALBA**.)** ¡Puerco, villano, te voy a moler, bribón!

TORRALBA.- (Reaccionando agresivamente.) ¡Ea, se acabó! **(Golpeando a** ZÚÑIGA **y derribándole.)** ¡Vas a llevar lo que mereces, mentecato, fanfarrón, hijo de puta! **(Lo sujeta en el suelo y le golpea.)** ¡Toma, bellaco, toma! ¡Toma tesoro, figurón, buscaperas! ¿Quieres más? ¡Pues toma, toma, no pases pena, que hay de sobra! ¿Dónde están tus arrogancias, majadero? ¿Eh? ¿Quién es ahora el perro judío? Di, ¿quién es? ¡Contesta!

ZÚÑIGA.- Basta, basta, por Dios nuestro Señor, déjeme. Déjeme, no más, deje que me vaya.

TORRALBA.- Anda, vete, sal por esa puerta a escape, que yo no te vea nunca más, que harto te he sufrido.

ZÚÑIGA.- (Levantándose y saliendo.) Bien puede ser que nunca más me vea, señor Torralba, pero yo le prometo que se ha de acordar de mí. Eso se lo puedo asegurar, y aun jurárselo por la salvación de mi alma, conque mire si será cierto. Quede con Dios, doctor, y no se olvide de esto que le digo. **(Sale.)**

TORRALBA.- Ande, ande muy norabuena su merced, que yo no me hartaré de dar gracias a Dios por librarme al fin de una compañía tan enfadosa y carga tan pesada. Vaya con Dios, y busque otro que le sufra.

(Oscuro.)

(Sobre un estrado y sentado ante un bufete, el juez del Santo Oficio DOCTOR RUESTA**, examina los folios de un legajo. Cerca de él, el** ESCRIBANO HERRERA **disfruta de una pausa en su labor, igualmente sentado ante su mesa. Frente a ellos y fuera del estrado, hay otros dos hombres: acurrucado en un taburete y envuelto en una especie de manta oscura,** TORRALBA **aparece en un estado de abatimiento y postración que contrasta con la firmeza que trajo de Roma. Detrás de su asiento hay un** CARCELERO **de pie, dispuesto a cumplir mecánicamente las órdenes que reciba.)**

RUESTA.- Vos mismo, doctor Torralba, habéis confesado en este proceso tener a vuestro servicio un demonio.

TORRALBA.- Un demonio bueno, reverencia, un espíritu inteligente.

RUESTA.- No ha quedado muy clara, no, esa circunstancia de su bondad. **(Pasando el legajo al escribano.)** Lea, don Francisco, en voz alta, lea la deposición del procesado, que él la oiga.

HERRERA.- (Leyendo.) Preguntado si le dice el dicho espíritu dónde habita el más del tiempo y en qué región, contesta que viene de la India alta que señorea el preste Juan, la cual es buena tierra y de buena gente católica y que el dicho espíritu le dice novedades de todas las provincias del mundo de hacia África y Europa, según este confesante le demandaba.

RUESTA.- Bien está. Esa es toda la sustancia que se ha sacado de vuestras declaraciones en el tiempo que dura el proceso, que ya va siendo dilatado. Sólo se echa de ver la soberbia y vanidad de comunicar novedades de sitios apartados, pero su bondad no se manifiesta en manera alguna a lo menos para mí, pese a la buena voluntad con que miro de llevar vuestra causa. Si sois cristiano según decís, contestadme en conciencia y decid cómo sabéis que ese espíritu era bueno, en qué se lo conocíais aparte y además de que él mismo lo dijese.

TORRALBA.- Siempre me aconsejaba bien y rectamente, señor.

RUESTA.- Y si era un ángel bueno, ¿cómo todas cuantas nuevas os daba eran de cosas de este mundo temporal y terreno, y en cambio no os las daba de los sucesos de la Corte celestial, donde sin duda tenía su puesto?

TORRALBA.- No lo sé, reverencia.

RUESTA.- ¿Acaso no era más conveniente y mejor para vuestra alma tener noticia de Dios y del Cielo y de la vida eterna, que no de los negocios y vanidades del mundo? ¿Qué pensáis vos, doctor?

TORRALBA.- Pienso que es cierto, sin duda.

RUESTA.- Entonces, ¿cómo no os edificaba hablando del Paraíso y de los bienaventurados?

TORRALBA.- Pudiera ser que pensase que eran cosas demasiado altas para mí.

RUESTA.- ¿Demasiado altas para vos? No, sino demasiado altas para él. Nunca está el Cielo demasiado alto para un buen cristiano, como que allá espera llegar con la ayuda de Dios. Para quien está demasiado alto es para los espíritus malignos, de los que uno se habrá disfrazado de cordero para perder vuestra alma, y como no puede hablaros de Dios ni del Cielo, echa mano de batallas, muertes, y cosas de este jaez. No entiendo vuestra porfía en sostener que era bueno el tal demonio.

TORRALBA.- No porfío, señor, sino que pienso que era bueno porque así me lo hizo creer. Pero si era malo y me engañó, culpa será de su malicia y de mi ignorancia, pero no de mi conciencia.

RUESTA.- Bien pudo ser un espíritu inmundo que os mintió, y os creísteis de buena fe sus embustes y embelecos. ¿Pensáis así ahora?

TORRALBA.- Vuestra reverencia parece ser quien así piensa, que no yo.

RUESTA.- Nunca vi tal contumacia.

TORRALBA.- Señor, muchos doctores teólogos y príncipes de la iglesia sabían en Roma de Zaquiel, y a ninguno parecía mal.

RUESTA.- Siempre acabáis diciendo eso. Acá no estamos en Roma, por Dios.

TORRALBA.- Pero Zaquiel es el mismo en uno y otro sitio, y allá era tenido por demonio bueno a la manera que enseña Platón, que es filósofo de gran predicamento en la corte del Santo Padre.

RUESTA.- Deje, deje a Platón y no se acoja a los filósofos de la gentilidad, que no le harán ningún bien. Piense en la salud y salvación de su alma y no la ponga a pique de perderse tratando con espíritus de calidad que por lo menos es dudosa, ni mucho menos los justifique y abone con testimonio de paganos. ¿O es que acaso no se le importa nada y en lo mismo tiene salvarse o condenarse?

TORRALBA.- Yo, señor, soy fiel cristiano, aunque pecador, y católico romano. Y como tal siento y pienso y quiero obrar en todo, que la eterna salvación es el fin de mi vida, y de nada me sirve ganar el mundo si pierdo mi alma.

RUESTA.- Pues ayude a la buena marcha de su proceso contestando con limpio y verdadero corazón, mire que se ha presentado una denuncia de cosas que ha hecho y dicho y cometido contra nuestra santa fe católica, y es menester que eso se averigüe y depure por más trabajo que nos lleve.

TORRALBA.- Yo, reverendísimo señor, bien me imagino de dónde me ha venido esa denuncia, aunque no quiero decir nombre alguno ni levantar testimonio.

RUESTA.- No lo haga, que sería en balde. Los denunciantes son secretos para prevenir la posible venganza de los amigos o los parientes del reo, y así yo no le he de manifestar nada que le dé luz sobre quien sea su delator.

TORRALBA.- Ni tampoco es menester que me la dé, que harto entiendo quién es, y vea que hace casi diez años que la tal persona sabía de Zaquiel, y no me ha denunciado hasta ahora, mire cuán poco le escandalizó antes, o cuán demasiado le escandaliza después, según le van mejor o peor sus intentos o intereses.

RUESTA.- (Al escribano.) No se precisa anotar eso, don Francisco, que no es pertinente. Bien está, señor Torralba. No se ocupe de la conciencia de su denunciante y piense en la suya, que harto más cerca la tiene y más le importa. Mire ahora lo que dice y contésteme: ¿es cierto que una noche fue de Valladolid a Roma, llevado por los diablos en volandas por el aire, caballero en una caña?

TORRALBA.- Yo, señor, es cierto que fui y volví en la misma noche en la manera que dice, pero no llevado por los diablos, sino por Zaquiel.

RUESTA.- Fuisteis con el diablo Zaquiel y vinisteis, todo en una noche.

TORRALBA.- Con el espíritu bueno Zaquiel, señor, que nunca me dio motivo para pensar en conciencia otra cosa.

RUESTA.- Bien, bien, bien, bien. Y dígame, ¿cómo piensa que pudo elevarse en el aire a la par que un espíritu, siendo su cuerpo como es de materia sólida y grave?

TORRALBA.- No lo podría decir. Me acuerdo que volé tan unido a Zaquiel, que me sentía como si yo fuese una parte suya y él una parte mía. A decir verdad, cuanto más lo pienso menos sabría decir si volamos a Roma desde la tierra o desde la luna, que aquella noche fue tal y tan fuerte y se hizo tan grande, que acabó por anegarme como si me perdiese por ella.

RUESTA.- ¿Dice que sintió como si perteneciese al demonio Zaquiel?

TORRALBA.- Así es, que volando me llevaba consigo como una parte de su superior sustancia, o mejor, como si él y yo fuésemos uno solo a la manera del hermafrodita alquímico, donde yo sería el azufre y Zaquiel el mercurio. No sé si me entiende.

RUESTA.- Harto le entiendo, que Dios le perdone. Tan rematada y absolutamente pertenece a Satanás, que ya es y se siente como formando parte sustancial y propincua de su naturaleza. Diga, desdichado, diga qué clase de pacto o de contrato había hecho con él, o con qué clase de invocaciones y conjuros lo llamaba.

TORRALBA.- Nunca tuve pacto con él, ya lo he dicho, sino que fray Pedro me lo dio. Ni tampoco le hice jamás invocaciones ni conjuros, pues ni siquiera los sé hacer, sino que él sólo se venía cuando la luna mostraba su círculo cumplido y entero.

RUESTA.- Ya, ya. **(Pausa.)** Dígame, doctor, ¿sabe curar cataratas?

TORRALBA.- Sí, señor, aunque no me ejercito en ello, que lo dejo a cirujanos.

RUESTA.- Tenéis fama de médico eminente. ¿Toda vuestra ciencia es de origen natural y humano, sacada del estudio y de la experiencia? ¿No os habrá ayudado Zaquiel en alguna ocasión, dándoos a conocer secretos de vuestro arte?

TORRALBA.- Varias veces lo ha hecho. Cuando yo andaba dudoso sobre el remedio de algún enfermo, me solía decir la sustancia o la hierba que se precisaba. Luego le pesaba mucho de que estos enfermos me pagasen, pues no los había curado con mi trabajo.

RUESTA.- Miren, qué demonio tan honrado y virtuoso. Y en los meses que lleváis preso, ¿no se ha ofrecido a sacaros de la cárcel y llevaros donde vos queráis y estéis en cobro y seguro?

TORRALBA.- No, que muy bien sabe que yo no lo consentiría. Cristiano viejo soy, señor, y nunca en mi linaje hubo sombra ni sospecha de herejía; no he de ser yo quien manche esa limpieza huyendo de mi prisión, que por ganar mi libertad se pierda mi honra.

RUESTA.- Así que él no os ha ofrecido sacaros de aquí.

TORRALBA.- No, que si lo hubiese hecho, sería espíritu malo, y ya digo que hasta ahora no lo ha sido.

RUESTA.- Y lo mismo que os decía la manera de curar enfermos, ¿os alumbraba también para encontrar tesoros?

TORRALBA.- Yo, señor, jamás he encontrado tesoro alguno, ni me he aplicado a su búsqueda, que como no me turba la excesiva codicia de dineros, nunca me ocupé de tesoros.

RUESTA.- ¿Que no os ocupasteis? Pues, decidme, en la ciudad de Valladolid, ¿no entretuvisteis durante años a un hidalgo de nombre don Diego de Zúñiga sobre un tesoro que Zaquiel os había dicho que estaba oculto en vuestra posada?

TORRALBA.- Vuestra reverencia ha nombrado ahora a mi denunciante, que no yo.

RUESTA.- Señor Herrera, no escriba esta contestación. Mire, doctor, que no se ocupe en quién es o no es su denunciante, que no está aquí para eso, ni yo le he traído a declarar para decírselo. Conteste a lo que le preguntan, y no se meta en averiguaciones inoportunas, que antes le perjudican que le benefician. Diga si es cierto el cargo acerca de requerimientos a su demonio para la búsqueda y hallazgo de tal tesoro.

TORRALBA.- No, señor, no es cierto eso, sino que el don Diego de Zúñiga andaba siempre tras de mí que no me dejaba dormir ni sosegar, sobre si había tesoro o no lo había, y tanto me requería y me cansaba, que yo le solía decir lo primero que me venía a la cabeza, con tal que se callase y librarme de sus molestias.

RUESTA.- Dígame, doctor Torralba, cuando vivía en Roma, ¿acudía regularmente a la iglesia y frecuentaba los sacramentos?

TORRALBA.- Sí, señor. Oía misa en San Lorenzo, y allí cumplía las más de mis devociones.

RUESTA.- Bien, bien está. Ya hemos repasado todos los cargos, y sus respuestas siguen siendo en sustancia las mismas que otras veces, y aún peores. Si le he interrogado en esta ocasión ha sido por ver de excusar que se aplicase el parecer y resolución de la Suprema. Yo, doctor Torralba, les mandé hará un mes su proceso, y de allá han contestado que se le ponga a cuestión de tormento, en tanto lo resista su edad y calidad, y en él se le interrogue de nuevo acerca de la naturaleza del espíritu que confiesa tener, pues hay indicios de que debe de ser de los malos que fueron arrojados del Cielo, y se precisa confesión. Conque mire con cuidado lo que le conviene en tanto lo aparejan y previenen para el cumplimiento de la diligencia de tortura. Procédase.

(Se levanta RUESTA**, y también lo hace el** ESCRIBANO**. Inmediatamente, el silencioso** GUARDIÁN **que permanece en pie detrás de** TORRALBA **coge a éste de los brazos, ayudándole a levantarse y conduciéndole a otro lugar del espacio escénico, que se alumbra o descubre, mostrando un aparato de madera al que se aproxima al reo. Tras ellos han acudido** JUEZ **y** NOTARIO**, que se acomodan en otros estrados y bufetes parecidos a los que antes usaron. Junto al aparato en cuestión, que es una especie de cama o banco, está el** VERDUGO**, un hombre de traza parecida a la del** GUARDIÁN**, abriendo y disponiendo diversas argollas de cuero o de hierro que hay unidas a los palos y travesaños de madera; se adelanta frente al estrado que han ocupado los inquisidores y hace una inclinación. El** DOCTOR RUESTA **señala a** TORRALBA **con un vago gesto.)**

RUESTA.- Desnúdese al reo. **(El** GUARDIÁN **y el** VERDUGO **se aplican a despojar de su manta y ropas a** TORRALBA**, en tanto que el** JUEZ **le amonesta paternalmente.)** Vea el paso en que se halla, doctor, y considere los crueles dolores que ha de sufrir si persiste en negar y no decir verdad.

TORRALBA.- Yo, señor, soy fiel católico y ya he confesado mi inocencia. A los pies de Dios me hallo, y le pido que sea más piadoso para mí que los hombres, mis hermanos.

RUESTA.- Tiéndanle, tiéndanle en el burro y átenle. **(Mientras le tienden boca arriba y le atan brazos y piernas.)** Dígame, doctor Torralba, por mi vida, cómo su demonio que tanto y tan bien le prevenía las cosas futuras, no le predijo que había de ser preso por el Santo Oficio y había de parar como ahora se ve. No anduvo aquí muy diligente, no.

TORRALBA.- Me dijo que nunca viniese a Cuenca, que no me resultaría bien de ello, y no quiso aclararse más, así que no lo entendí, pero ahora bien que lo entiendo.

(El VERDUGO **está poniendo dos garrotillos en cada brazo del preso, delante y detrás del codo, y otros dos en cada pierna, encima y debajo de la rodilla. Se ha limitado a sujetarlos y, a una afirmación de cabeza de** RUESTA**, comienza a apretarlos, en tanto que** TORRALBA **aprieta los dientes y gime a media voz.)**

RUESTA.- (Mandando al verdugo que se detenga con una señal.) Sosiéguese, doctor, sosiéguese, y mire lo que me contesta. Quiero que me diga si el espíritu Zaquiel le comunicó alguna vez nuevas de Martín Lutero y Desiderio Erasmo, y si se comunican entre ellos. Haga memoria, doctor, y manifieste con verdad lo que sepa de ello. ¿Le habló el espíritu acerca de Erasmo y de Lutero?

TORRALBA.- (Con esfuerzo, aguantando el dolor de las argollas apretadas.) Sí, sí me habló, una noche, hará dos años.

RUESTA.- ¿Y qué dijo, qué?

TORRALBA.- Dijo que Erasmo tiene buen juicio y Lutero mucha malicia, que es mal hombre y sin ninguna religión cristiana.

RUESTA.- ¿Y qué dijo, más? ¿Se comunican entrambos? ¿Se entienden?

TORRALBA.- Sí se entienden, sí, que son de una voluntad y entendimiento. Suélteme, señor, hágame soltar su reverencia.

RUESTA.- No puedo, doctor, pues no ha dicho verdad.

TORRALBA.- Sí he dicho, sí, lo juro por la cruz.

RUESTA.- ¿Cómo puede un demonio decir que Lutero es malo? Nuevamente me habéis querido pasar por bueno a vuestro Zaquiel, sois contumaz.

(Un gesto al VERDUGO**, que aprieta uno de los garrotillos. Gime** TORRALBA**. Le da una nueva vuelta el** VERDUGO**, y el torturado lanza un aullido. Dejando el garrotillo con esta presión, el** EJECUTOR **repite la operación con otro, obteniendo del** REO **una respuesta semejante. Se detiene, a una señal del** JUEZ**.)**

RUESTA.- Mirad, hijo, que digáis la verdad, no neguéis nada.

TORRALBA.- Por Dios Nuestro Señor, créame. Créame, que he dicho la verdad sin sombra de mentira.

RUESTA.- Os van a dar tres vueltas de cordel, don Eugenio, ya que así porfiáis.

TORRALBA.- No, por Dios, duélase de mí.

RUESTA.- ¿Os doléis vos, acaso?

(Se repite el gesto al VERDUGO **y la actividad de éste. Ahora da tres vueltas consecutivas a cada garrotillo, y** TORRALBA **lanza continuos alaridos. Los ocho garrotillos le son así apretados sin que** RUESTA **interrumpa la operación. Al final, exhorta nuevamente al reo.)**

RUESTA.- ¿Me oís, doctor? ¿Podéis oírme?

TORRALBA.- ¡Oh, Dios, Dios! ¡Oh, Dios! Ayúdame, ayúdame, Dios mío, ayúdame.

RUESTA.- Decid y confesad la verdad, y Dios os ayudará, que es misericordioso.

TORRALBA.- Yo, señor, por el dolor diré lo que sea menester. Diré que Zaquiel es demonio del infierno, pero habrá sido por el dolor, no por mi voluntad.

RUESTA.- Diciéndolo así, no os aprovechará en nada. La verdad es lo que quiero, y me la habéis de decir. Póngale la toca.

(VERDUGO **y** AYUDANTE **obedecen al instante. El segundo obliga al reo a abrir la boca, y el primero introduce en ella un paño como embudo de tela, que le embute hasta la garganta, sin hacer caso alguno de sus bascas, arcadas y guturales gemidos de ahogo. Luego, va echando lentamente el agua de un jarro, que el torturado ha de tragar necesariamente. Silencio, sólo perturbado por algún ruido de garganta y el rasgueo de la péñola con que el** ESCRIBANO **va trasladando a sus folios el fidedigno detalle de la audiencia. Una vez que se ha vaciado el jarro, el** VERDUGO **mira al** JUEZ**, éste afirma con la cabeza, y comienza a verter el agua de un segundo jarro. A éste, sigue el tercero. Los guturalismos y toses son cada vez mayores.)**

RUESTA.- Bien está, veamos si dobla ya el hombre la cerviz.

(Saca el VERDUGO **el paño de la boca de** TORRALBA**, que vomita agua sobre su propio rostro, dada la postura. Tose y gime, recuperando con dificultad el curso normal de la respiración.)**

TORRALBA.- ¡Ah! ¡Aaah! Misericordia, señor, misericordia...

RUESTA.- Veo que ya puede hablar, doctor Torralba, y así podrá decirme si sigue pensando de su demonio lo que antes, o si se le ha alumbrado la conciencia y ha cambiado de parecer.

TORRALBA.- Yo, señor, siempre tuve a Zaquiel por un ángel bueno, pero ahora veo que andaba muy errado y que por fuerza es malo y perverso, pues me ha traído a esta angustia y puesto en este trance.

RUESTA.- ¿Decís y confirmáis esa confesión franca y espontáneamente?

TORRALBA.- Lo confirmo, señor, quíteme de aquí, que no puedo más.

RUESTA.- Revuelva, doctor, revuelva en su memoria y mire si tiene alguna cosa en su pasado que pueda dar sospecha sobre su fe cristiana, que si la tiene, esta es la ocasión de descargarse de ella y saldrá de la reconciliación limpio como el cristal, igual que si acabase de recibir el santo bautismo.

TORRALBA.- Yo, señor, no me acuerdo de nada de eso, y pido a su reverencia que me alumbre, que la flaqueza de mi entendimiento no estorbe a mi buena voluntad.

RUESTA.- Sabe muy bien el señor Torralba lo que quiero decir, y no sería bien que algún día aparezca un testigo diciendo, pongo por caso, cosas de cuando vivía en Roma, y si no han sido confesadas en la reconciliación, se le pudiera acusar de perjurio como poco, y puede que de más.

TORRALBA.- Señor, yo preciso aliviar mi alma de todo peso y dejarla limpia como dice, y así quiero confesar que hará veinte años, siendo yo estudiante en Roma, fui discípulo del maestro Alfonso, que me hizo pensar que el bien y la salvación pueden igualmente hallarse entre los moros y judíos como entre cristianos, y maestros como Cipión y Maquera me hicieron dudar de la inmortalidad del alma, aunque son todas cosas antiguas en que ya nunca pienso.

RUESTA.- De todas ellas, así como de la naturaleza satánica de su demonio, se hará confesión detallada por escrito, que el doctor firmará de su mano. Quítenle de ahí y pónganle sus ropas, que no queda sino esperar sentencia.

TORRALBA.- (Mientras VERDUGO **y** CARCELERO **le aflojan y quitan los garrotillos y sueltan del aparato.)** Yo firmaré de buen grado así que pueda sostener la pluma, y tomaré la penitencia que se me imponga con el corazón puesto en la salvación de mi alma, pues no puedo sino suplicar a su reverencia que me traten con piedad y misericordia, que yo haré cuanto se me mande.

(Baja la luz, sin llegar al oscuro. RUESTA**, seguido por el** ESCRIBANO**, ha vuelto calmosamente al lugar que ocupaban anteriormente uno y otro. Se sientan ambos en sus respectivos sitios y, procedentes del exterior, acuden otros dos** JUECES**, que se acomodan junto a** RUESTA**, con lo que queda constituido un tribunal de tres miembros aparte del** NOTARIO**, que se halla fuera del estrado, en bufete aparte. Conducido por el** CARCELERO**, comparece** TORRALBA **llevando un sambenito amarillo con aspa verde, y una vela encendida en la mano, arrodillándose ante el tribunal. Sube de nuevo la intensidad de la luz.)**

RUESTA.- Habiendo el procesado doctor Eugenio de Torralba hecho confesión de sus errores en forma suficiente y hallándose su proceso visto para sentencia, se le requiere que manifieste si confirma la confesión que tiene hecha y firmada, si se arrepiente de los yerros y culpas que en ella se contienen, y si se halla dispuesto a recibir y cumplir como cristiano la sentencia que este Santo Tribunal le imponga.

TORRALBA.- Yo confirmo cuanto tengo confesado y me arrepiento de todo y me tengo por culpado y pecador, por lo que pido perdón a Nuestro Señor y a sus reverencias penitencia y misericordia.

RUESTA.- Diga si después de hecha la confesión volvió a ver a su demonio.

TORRALBA.- Ha pocos días, que fue el tiempo del lleno de la luna, acudió a mí, pero yo no le quise hablar ni escuchar, y me metí entre mis compañeros de la cárcel.

RUESTA.- Así ha de hacer, en todo caso, y yo le digo y amonesto de parte de Dios y de Nuestra Señora su gloriosísima madre, que no comunique más con el tal espíritu, y cuando le venga, échele de sí rogando a Dios Nuestro Señor que le aparte, y no responda nunca a sus falsas persuasiones.

TORRALBA.- Prometo y juro que así lo haré, y me acuso que por muchos años le he dado orejas y crédito, sin acordarme que sólo Cristo Nuestro Señor es el sabedor de todas las cosas, y con esto concluyo y estoy presto a sufrir cualquier pena y penitencia en remisión de mis pecados.

RUESTA.- Este tribunal admite a reconciliación con la Santa Iglesia al doctor Eugenio de Torralba, y le manda no hable ni comunique con el espíritu Zaquiel, ni oiga ninguna cosa de las que le diga, porque así cumple a su ánima y conciencia. Dada en la Ciudad de Cuenca, a seis días del mes de marzo de mil y quinientos treinta y un años.

(Oscuro.)

(Páramo nocturno bajo la luna llena. Hacia un lado, los derruidos muros de algún modesto edificio, tal vez las humildes ruinas de una cabaña de pastor. Sensación de soledad y desolación. Arrebujado en una manta y apoyado en un palo, TORRALBA**, cojeando, con el pelo y la barba descuidados y encanecidos, se aproxima a las desmoronadas paredes, en busca de cobijo. A su amparo se acurruca y, tras desatarse los zapatos para dar holgura a los pies, entreabre la manta y de una alforja que lleva al hombro bajo ella, saca un trozo de pan, algo de queso, tal vez una cebolla para sazonar el banquete y, requiriendo la manta que no resbale de sus hombros, comienza a comer cabizbajo, lanzando alguna recelosa mirada a la luna. Sus recelos se confirman: por la parte trasera de las ruinas aparece la gallarda silueta de** ZAQUIEL **que avanza hacia su protegido y, cerca de él, se apoya en un resto del abatido muro, contemplándole.** TORRALBA **deja de comer y le mira, en silencio. Pausa.)**

Zaquiel.- Sono venuto a dire addio.

TORRALBA.- Al fin has resuelto dejarme.

ZAQUIEL.- Yo no he resuelto eso, eres tú el que no quiere verme más.

TORRALBA.- Así es.

ZAQUIEL.- Has sufrido mucho, y estás lleno de amargura.

TORRALBA.- (Cabizbajo.) Sí.

ZAQUIEL.- Cuatro años de cárcel, vejaciones y torturas. Ya está pasado, doctor. Mira de olvidarlo.

TORRALBA.- ¿Olvidarlo? ¿Olvidarlo, dices? No; aunque quiera, no podré olvidarlo mientras viva.

ZAQUIEL.- Piensa que de nuevo eres libre.

TORRALBA.- No del todo. No soy libre para tratar contigo, eso me está vedado.

ZAQUIEL.- Sí, lo sé. ¿Qué vas a hacer ahora, cuál va a ser tu vida?

TORRALBA.- Buscaré algún lugar pequeño en que no me conozcan, y viviré de mi oficio los años que me queden.

ZAQUIEL.- Doctor, vas a ser un viejo triste y solitario.

TORRALBA.- Como todos los viejos.

ZAQUIEL.- Me vas a necesitar.

TORRALBA.- Lo que necesito es que me dejes tranquilo.

ZAQUIEL.- Yo podría visitarte en secreto, sin que tú dijeras nada de mí. Así estarías a seguro de la Santa Inquisición.

TORRALBA.- Más a seguro estaré si no vienes.

ZAQUIEL.- ¿Y consentirás que hasta el pensamiento te lo gobiernen los jueces del Santo Oficio?

TORRALBA.- Quiero pasar tranquilo los días de mi vida.

ZAQUIEL.- Y si yo te dejo, ¿no volverás a tus antiguos estudios y a tus ribetes de herejía?

TORRALBA.- ¿Volver yo a mis estudios? No tengas cuidado, ya sé lo que tenía que saber, lo he aprendido muy bien. Hay que ser y pensar como las gentes con quienes se vive, y donde no, siempre habrá alguna inquisición que será rigurosa o será sutil, según sean los usos de esas gentes, para forzarte a ser igual a ellos. Cuando ofreces visitarme en secreto, me estás convidando a esconderme tras una máscara y, oculto en ella, estar solo como Dios, pero eso ya me lo dijeron en Valladolid en una carnavalada, y me molieron a palos.

ZAQUIEL.- Hubieras tenido prudencia y guardado para ti lo que yo te enseñaba, y nada te hubiera pasado.

TORRALBA.- La ciencia que no se comunica, ni el nombre de ciencia merece. Si he de guardarla para mí solo, mejor no la quiero tener.

ZAQUIEL.- Doctor, doctor, qué han hecho contigo, que eres otro hombre.

TORRALBA.- Soy el Torralba de Cuenca, el que quiso fray Pedro que fuese. Tú me pusiste a mitad de camino, y la Inquisición me ha hecho andar lo que faltaba. Ya no tengo esa vana curiosidad que tuve de mozo por conocer todas las ciencias, pues tú me la quitaste, ni tampoco por conocer los sucesos políticos que tú me mostrabas, que ésa me la han quitado los señores inquisidores. La libertad de Roma me venía holgada, y el rigor de España me resulta estrecho. Ya no tengo curiosidad por nada, Zaquiel, si es eso lo que querías decir.

ZAQUIEL.- En verdad, eres enteramente distinto al que eras cuando te conocí. Si has perdido la curiosidad, es claro que ya no me necesitas. Aplícate a ganar dinero con tu arte médica en algún lugar oscuro, y cuenta con cuidado tus monedas por las noches, mientras vas envejeciendo. ¿Es eso lo que quieres para ti mismo?

TORRALBA.- Sí, eso es lo que quiero: vivir sin peligro de denuncias y procesos, tranquilo en mi casa y sin dar que hablar a las gentes.

ZAQUIEL.- ¿En tu casa, dices? ¿En qué casa?

TORRALBA.- Ya buscaré un agujero.

ZAQUIEL.- Sí, busca un agujero donde sepultarte, porque, en verdad, estás muerto.

TORRALBA.- Bien pudiera ser.

ZAQUIEL.- Porque tú quieres. Acuérdate del Torralba de Roma.

TORRALBA.- Aquello sí que está muerto y enterrado. Ya no hay para mí Roma en el mundo.

ZAQUIEL.- No voglio vederti cosí, dottore.

TORRALBA.- Ni así ni de ninguna suerte has de verme más. Dicesti che eri venuto a dire addio. Bene, giá lo hai detto. Addio.

ZAQUIEL.- No está Roma tan muerta para ti, que aún hablas el toscano.

TORRALBA.- Es lo último en mi vida que he dicho en esa lengua: addio.

ZAQUIEL.- No vivas en España, vete fuera.

TORRALBA.- Esta es mi tierra, y aquí me quedaré.

ZAQUIEL.- Tierra triste y cruel, doctor. Bien lo has probado tú. En Roma ya se ha olvidado el saqueo. Si quieres mi consejo, vete a vivir allí.

TORRALBA.- ¿Tu consejo? ¿Un consejo venido de ti piensas que siga yo?

ZAQUIEL.- ¿Piensas acaso que soy un espíritu malo? **(Pausa.)** Contesta. En el proceso confesaste que soy malo, pero no lo pensabas. ¿O sí? ¿Qué piensas que soy yo?

TORRALBA.- No sé lo que eres, ni lo quiero saber. Vete, déjame.

ZAQUIEL.- Sí, me voy. Sigue comiendo tu mendrugo y tu cebolla y cuida de vivir tranquilo en tu agujero. Addio, dottore.

TORRALBA.- (Arropándose en su manta, y tumbándose para dormir, mientras ZAQUIEL **se aleja.)** Anda con Dios.

(Desaparece ZAQUIEL**, y una nube comienza a ocultar la luna. Al disminuir la luz,** TORRALBA **se medio incorpora y mira al astro, en tanto que la nube le va tapando. Cuando la luna ha desaparecido por completo,** TORRALBA **vuelve a arrebujarse, y se tumba.)**

TORRALBA.- (Cerrando los ojos.) Probaremos de dormir toda la noche, que es grande la fatiga de tanto camino... ¡Uuh! ¡Uh!... Mmm...

(Se ha ido haciendo, lentamente, el oscuro.)

FIN